



Un espejo
aquí
y dos
en La Haya

Rui Brito Velásquez

Lavandera Blanca* Editores

Un espejo aquí y dos en La Haya

Un espejo aquí y dos en La Haya

Estudio sobre la maleta de apuntes
de Rúben Cascalho

Rui Brito Velásquez

Lavandera Blanca* Editores



© Lavandera Blanca* Editores SCCLM. 2008
Algunos derechos reservados

La obra contenida en este documento digital se encuentra cubierta por una Licencia Creative Commons «Reconocimiento – NoComercial – SinObra-Derivada 3.0». Usted puede disponer de la obra *Un espejo aquí y dos en La Haya* de Rui Brito Velásquez para su disfrute personal; igualmente podrá guardarla, copiarla y distribuirla sin ánimo de lucro siempre que informe sobre el autor, la editorial licenciadora y la licencia que consiente la distribución de la obra. La licencia no permite la transformación de la obra original ni la generación de obras derivadas a partir de aquella.

Permisos no cubiertos por esta licencia pueden solicitarse a la editorial:
Lavandera Blanca* Editores SCCLM. Plaza de España, 5
45800 Quintanar de la Orden. Toledo. España.

Noviembre, 2011

www.lavanderablanca.com

1

0,28 *sin titulo* CORREIOS DE PORTUGAL

2

0,45 *debajo del alquitran blanco*
CORREIOS DE PORTUGAL

3

rosa de agujeros 0562bsF4 made in portugal

4

espejos uno aqui dos en la haya
CORREIOS DE PORTUGAL

5

ciento quince

Un espejo aquí
y dos en La Haya

La lectura de la maleta de apuntes sugiere que Rúben Cascalho nunca sintió interés hacia lo sobrenatural. El dependiente Cascalho prefería la aritmética. Nos lo demuestra su interés en recordar las medidas y cantidades que surgían a lo largo de la jornada en la estafeta del Correio Nacional. Este interés provoca que el diario del dependiente Cascalho, me escucharán decir alguna vez más, acabe leyéndose como una práctica contable al servicio de la memoria. Sin parangón con otros autores de diarios, Rúben Cascalho hizo del guarismo el elemento más expresivo de la escritura. Gracias al continuado manejo de los números en la estafeta de Glória dos Odres y a una inusual facultad para disfrutar las fortuitas combinaciones entre ellos, el dependiente argumentó muchos de los recuerdos que la maleta de apuntes nos permite leer. Esta breve introducción que ustedes han escuchado con paciencia y silencio me servirá para presentarles el sello de hoy. La pantalla muestra la estampilla desde hace un buen rato.

He notado cierta decepción en alguno de los asistentes. Ayer dediqué la jornada inaugural a interpretar el sello titulado *Ni*

una pregunta, el ejemplar con mayor decoración entre los que Rúben Cascalho guardó en la maleta de apuntes. Por comparación con aquél entenderé que la simplicidad del sello aquí expuesto les haga concebir en él una menor importancia. No debe ser el caso, como les probaré, pese a la falta de un dibujo atractivo y de uno de los elementos más característicos de la estampación postal. Salta a la vista: el sello *cero dos ocho* carece del título que preside otras falsas emisiones del dependiente. Producciones de esta índole no escasean en la maleta de apuntes. Algunos sellos carecen de título y otros de dibujo alusivo. Los hay que carecen de ambos, si bien en ninguno faltan el valor de franqueo y el trepado a punta de alfiler característico de la colección filatélica del dependiente Cascalho. Como pueden suponer, ha sido imposible encontrar el sentido y la intención de muchos de esos ejemplares. En el caso del sello *cero dos ocho*, la figura que el dependiente Cascalho intentó dibujar apenas ayuda a obtener una interpretación adecuada. Ustedes no habrán identificado todavía qué representa. Anticipo que se trata del esbozo de un maletín de trabajo. Aprovecho para pedirles que no se precipiten a la hora de juzgar la habilidad de su dibujante. Aunque la destreza del dependiente Cascalho a la hora de expresarse con el lápiz siempre se demostró escasa, me permitiré referirles que la pobreza gráfica del sello que hoy trataremos deriva de la dificultad de ilustrar con imágenes la causa que lo originó, que no es sino la advertencia de un secreto. Escogí el ejemplar titulado *cero dos ocho* a propósito. Sepan que la evidente simplicidad del dibujo resume una atrevida apuesta. Espero que al término de mi exposición todos ustedes hayan comprendido lo que quiero decir en este momento.

La confluencia de los números cero, dos y ocho propone una incontable combinación de significados posibles. Según avanza-

ba mi estudio hacia una única interpretación, el sello *cero dos ocho* confirmó que el dependiente esperaba de los números con que se encontraba a diario la misma función y responsabilidad que el resto de personas concedemos a los sentimientos. Iré un paso más lejos. Rúben Cascalho hallaba en los números ordinarios lo que otros descubren en una mirada o en un tono de voz: un mensaje destinado al alma. No parece que esta facultad alimentara en el dependiente reflexiones de índole superior a pesar de la capacidad de abstracción que debemos presumirle, como corresponde a quien operaba con cifras de forma habitual. Rúben Cascalho se adiestró en el cálculo doméstico a la vez que evitaba la incalculable tarea de comprender la trascendencia humana. Cuantas referencias numéricas encontramos en la colección de sellos o en la maleta de apuntes indican orígenes y fines prácticos. El sello *cero dos ocho* participa de esa misma fuente. Dicha idea no se opone a que, gracias a sus dotes de observador preciso que ayer comenté, Rúben Cascalho suponga en cada número al que tuviera acceso una secuela latente o una delicada conjetura, como es el caso que tratamos esta mañana.

No ocultaré durante más tiempo que al sello *cero dos ocho* lo provocó el interés del dependiente Cascalho hacia la persona de Marcela Esgabia, cliente asidua a la estafeta de Glória dos Odres. Matizaré el tipo de interés al que me refiero. Es hora de leer el primer apunte de hoy. El dependiente anotó a la vuelta de un prospecto de farmacia el siguiente recuerdo sobre la señorita Esgabia: ... *se vuelve busca dos nueve seis uno tres tres nueve cinco dos cero dos ocho tres cero uno siete cuatro cero tres uno siete cero dos ocho nueve dos cero cinco uno tres siete seis ocho cuatro cinco uno se repite cero dos ocho...* Aconsejo a los asistentes que detengan cualquier ejercicio mental. Ninguna lógica ordena la secuencia que acabo de citar. Les basta atender a la repetición de la

serie cero, dos y ocho que el propio dependiente Cascalho destaca. Si mi ayudante... Vean el apunte en la pantalla. Hasta las tres últimas cifras, cada número se ubica al azar. Aun careciendo de lógica, la serie conserva íntegra la causa de donde proviene. Rúben Cascalho apuntó los números en el orden con que la memoria se los dictaba horas después, una vez fuera de la estafeta. Les sugiero que piensen de esta forma: cada uno de los números anotados resume un instante en la práctica laboral del dependiente. Con mayor precisión: cada tres números, cada serie de tres cifras recuerda el interés que Rúben Cascalho concedía a la señorita Esgabia, personaje cuya presentación no debo retrasar ni un segundo más.

Al menos una vez a la semana, Marcela Esgabia acudía a la estafeta de Glória dos Odres. Concretaré que la empleaba la delegación local de una renombrada casa de seguros. Según los testimonios recogidos entre los componentes de la estafeta, la señorita Esgabia era conocida por la exigencia con que planteaba sus demandas ante los mostradores de franqueo y paquetería. Por cuanto me aseguraron durante mis entrevistas hemos de considerarla dotada de gran desenvoltura, con aire de mujer del todo completa, según el cartero Fontes. Mientras preparaba la lectura de hoy dudaba en qué momento añadir el siguiente dato: una belleza superlativa impedía no fijarse en Marcela Esgabia. Por favor, eviten centrarse en este último atributo. Si acaso, acómódenlo sin mayor propósito dentro de una distinción física superior al común de las mujeres. El sentido final del sello *cero dos ocho* recibirá una mejor iluminación si la belleza sobre la que acabo de informar participa como un mero complemento circunstancial. Pues tampoco compete valorar aquí la calidad del personaje, no les entretengo con mayores detalles. Regresemos a la maleta de apuntes, donde el dependiente Cascalho dejó escri-

to el siguiente recuerdo: *la señorita esgabia once y veintitres entra contreiras cruza al reparto la señorita esgabia al mostrador se apoya mira el reloj freitas del almacén sale tres pliegos dos de verde original y copia otro de contrato mientras espero contreiras vuelve que se me olvido el paquete de cristalerías barroqueiro la señorita esgabia guarda los pliegos pide de cero con treinta y dos pliego completo como todos los martes emisión arquitectura nacional motivo casas da beira faltan seis añado de cero con veinticinco emisión mundo natural motivo lirio de mayo freitas mira apunta la señorita esgabia guarda en el maletín sale.* En el apunte que acaban de escuchar, el dato que nos interesa comprime en un objeto perteneciente a Marcela Esgabia el motivo que originó el sello *cero dos ocho*. Miembros de la estafeta coincidieron al destacarme que la señorita Esgabia nunca olvidaba acompañarse de un maletín. Con palabras del dependiente de paquetería Freitas les resumo sus propiedades físicas: «Negro, grande, como los de llevar sobres para expedientes, casi de hombre.» La descripción del maletín servida por Freitas se mostraba reveladora cuando añadió un complemento funcional: «Uno de esos maletines que se abren con ruedas de números.» Es decir, un maletín con sistema de apertura y cierre basado en una combinación cifrada.

Creo haber dicho alguna vez que para el dependiente Cascallo en todo número latían resonancias vitales. Cuanto sigue a partir de ahora detallará el sentido de esa afirmación. Sin duda, ustedes habrán descubierto una relación directa entre la cerradura que refería Freitas y el apunte que inició el estudio de hoy. Aquellas cifras anotadas en el diario de Rúben Cascallo pueden entenderse ya como alineaciones de ruedas numéricas. La maleta de apuntes no ayuda a concretar en qué primer momento el dependiente ve y registra la cerradura en el maletín de Marcela Esgabia. No nos importa. Las alusiones a esta mujer

en diversos apuntes igualan el estilo y el interés de otras notas destinadas a recordar el tránsito de la mañana en la estafeta. Abundan en la maleta de apuntes. Por ejemplo, escrito en el reverso de un fragmento de viejo mapa: ... *galindo escoval siete el doctor barroso ocho jacinta medeiros nueve la señorita esgabia diez el mozo del central once filipe barrosa doce un desconocido por equivocacion trece girão abrantos catorce antes de las doce y luego ninguno hasta el cierre*. Pero unos pocos apuntes tratan, a la vez, el maletín de la señorita Esgabia y la serie *cero dos ocho*. La lectura de estas anotaciones confirma que el dependiente Cascalho concibió una arriesgada conjetura sobre el personaje de Marcela Esgabia. Cuanto queda escuchar durante mi exposición aconseja anticiparles que Rúben Cascalho creyó en algún momento no sólo haber descubierto desde su mostrador la combinación secreta que abría y cerraba el maletín de Marcela Esgabia, sino que dicha combinación guardaba la memoria de un secreto mayor. Evitaré confundirlos si les extiendo la sucesión de avatares con que en adelante habrán de contar: una belleza femenina excesiva; una indiferencia natural en la mujer, imposible de dejar indiferente; un maletín protegido gracias a una cerradura de números; una cifra repetida cuando las leyes de la probabilidad se oponen a dicha repetición; y para terminar, la deducción de un secreto. El sello motivado por la señorita Esgabia conmemora esta última etapa. Por su pertinencia acudo de nuevo a la nota que leíamos al principio. Pueden seguirla leyendo en la pantalla. No recuerdo si les advertí de que se trata de un fragmento: ... *se vuelve busca dos nueve seis uno tres tres nueve cinco dos cero dos ocho tres cero uno siete cuatro cero tres uno siete cero dos ocho nueve dos cero cinco uno tres siete seis ocho cuatro cinco uno se repite cero dos ocho...* El apunte recita combinaciones de cifras que el dependiente recordaba haber visto alguna vez en el male-

tín de Marcela Esgabia cuando esta acudía hasta la estafeta. En un próximo apunte escucharán que el maletín quedaba apoyado en el mostrador, al alcance de la vista mientras el dependiente despachaba con la mujer. Como acaban de escuchar, Rúben Cascalho recuerda repetirse la combinación cero, dos y ocho, circunstancia que le inspira, como veremos, una función sobresaliente. Si somos justos con el caso, contar en varias ocasiones la misma serie de números, en exacto orden, entrañaría un causa más probable cuanto menor es la probabilidad de hallar repetida la serie en ocasiones diferentes. Por su parte, como se desprende del apunte que leeré de inmediato, Rúben Cascalho no duda sobre la causa de esa improbable repetición: la serie cero, dos y ocho, les notifico, parecía ser la llave que abría y cerraba el maletín de Marcela Esgabia. El hallazgo merece calificarse de anecdótico si no fuera porque el dependiente ensanchará su apuesta al atribuir a esa misma combinación numérica el valor de una confidencia personal. Leo para ustedes el recuerdo escrito en el reverso de un recibo de tintorería: *la señorita esgabia trece y veinticinco entra sombrero de llover paraguas guantes hombros manchados de lluvia freitas saluda el maletín hasta el mostrador dos certificados cero con cuarenta y cinco uno urgente con acuse mas cero veinticinco los hombres descansan el maletín entre las piernas deja el guante para escribir cero dos ocho neves desde el almacen que si ha vuelto contreiras otra mañana abierto el maletín...* En la pantalla tienen el nuevo apunte. Sin comprometernos, supongamos que, en efecto, la cerradura del maletín de Marcela Esgabia se abría al coincidir los números cero, dos y ocho, en el mismo orden con que acabo de citarlos. Por su parte, el dependiente Cascalho refiere la observación tratándola de certeza. Deseo compartir con los asistentes la idea simple de que toda llave promete una entrada. Retomo la cita anterior y la leo tal como con-

cluye: ... *deja el guante para escribir cero dos ocho neves desde el almacén que si ha vuelto contreriras otra mañana abierto el maletín paga uno con cincuenta devuelvo cero treinta y cinco recoge guantes y sombrero sale si hubiera hecho falta la habría avisado.* Repito la parte interesante: «Si hubiera hecho falta la habría avisado.» En el debate que compartimos tras la lectura de ayer uno de los asistentes sugirió una feliz comparación. ¿Usted?... Si me lo permite la repetiré para todos. Rúben Cascalho, dijo el señor, daba a sus apuntes la misma responsabilidad que a un papel de calco, gracias a ellos copiaba la realidad vivida con la misma exactitud con que la recitaba en la memoria. Premio esta opinión y añado: la lectura de la maleta de apuntes conforma la imagen de un autor cuya intención se ciñe a guardar fiel testimonio de las vicisitudes ajenas. Ante ellas la imparcialidad de Rúben Cascalho se acerca a la perfección. Del anterior apunte vuelvo a leer la frase notable: «Si hubiera hecho falta la habría avisado.» Habría advertido a la señorita Esgabia, quiere decir, de que su maletín permanecía abierto. Pero como si observara la vida fuera de la vida misma, el dependiente nunca intervino en la vida observada. Nos extrañaría que fuera de otra manera si contamos con que en el diario del dependiente Cascalho escasean las referencias del autor a la existencia propia. Lo que sigue, sospecho, volveré a mencionarlo en las próximas jornadas: la escritura de Rúben Cascalho no refleja los pensamientos o avatares propios, como cabría esperar en un escritor de diarios, sino que abunda en ocasiones y anécdotas ocupadas por extraños a quienes el dependiente trató dentro y fuera de la estafeta de Glória dos Odres. Aunque en dicha redacción ustedes vean un esfuerzo inútil y difícil de comprender, Rúben Cascalho se entregó a ella con incansable voluntad durante años. La lectura de la maleta de apuntes y el estudio a fondo de su colección filatélica me autori-

zan a afirmar ante ustedes que, a su manera, el dependiente Cascalho compensaba tanto ejercicio de escritura destinado a evocar instantes ocupados por vidas ajenas. Como ejemplo sirva cuanto envuelve al sello *cero dos ocho*. No lo olviden: nada más grato para el dependiente que suponer en un número la palpitación de una circunstancia singular, más valiosa cuantas menos personas fueran capaces de advertirla.

Aunque aún les falta conocer próximos detalles, coincidirán conmigo en que desvelar un secreto por vía intuitiva brinda mayor placer que obtenerlo de modo violento. En efecto, participar en una confidencia puede ser una fiesta si no se está llamado a participar en ella. Volviendo al maletín de Marcela Esgabia, el dependiente Cascalho decidió por su cuenta que la combinación cero, dos y ocho era número y llave y, aquí viene una mayor apuesta, edad de Marcela Esgabia. Acudo a una nota sucinta escrita en un recorte de cartón perteneciente a la caja de un tubo de betún. En el reverso de la tapa Rúben Cascalho escribió una de sus anotaciones. Seguramente ya estarán acostumbrados al estilo: *para no olvidar cero dos ocho aquella juventud desde que se olvido*. Llave y edad en una misma cifra, dedujo el dependiente. Si creen que mis conclusiones avanzan sobre frágiles fundamentos, esperen al próximo apunte. Antes admitan conmigo que a Rúben Cascalho pudo socorrerle una práctica a la que acudimos de forma habitual. Personas muy diversas deciden servirse de sencillos artificios cuando desean guardar combinaciones de cifras o letras en la memoria. Alguno de ustedes quizá recurra a las iniciales de su nombre, quizá haga coincidir los números con fechas de carácter inolvidable. Es legítimo imaginar que Rúben Cascalho conocía dichas prácticas, probadas en la costumbre. Sin implicarnos por ahora supongamos que, en efecto, Marcela Esgabia acudía a uno de esos hábitos para no olvidar la llave del

maletín y que utilizó la serie cero, dos y ocho por tener la edad de veintiocho años. En otro recorte de la misma caja del tubo de betún, Rúben Cascalho se asegura haber descubierto la relación entre la edad de Marcela Esgabia y la cerradura de números. El apunte brinda una de sus escasas referencias personales. La pantalla lo muestra mientras lo leo: *pure de patatas frias manta de dos lanas cuadritos de libreta veintidos por veintiocho la edad de la señorita esgabia veintiocho años total seiscientos dieciseis cuadritos por hoja entonces yo queria ser maestro*. Rúben Cascalho atribuyó a la serie cero, dos y ocho el ritmo y la intensidad de una emoción. Para quien ha llegado tarde y no escuchó el principio, repetiré que el dependiente ordenaba el argumento de los recuerdos como si se tratara de apuntes contables. Descubrir los números que componían la llave del maletín mereció anotarse en la maleta de apuntes. Las casualidades originadas por la concurrencia imprevista de los números animaban la rutina, puntuaban el discurrir en la estafeta del Correio Nacional. Imaginemos las tasas, pesos, dimensiones y medidas de variada índole con las que trataba el dependiente Cascalho tras el mostrador. Hallar en ese cotidiano inventario de números la edad de una mujer hermosa hartaría la más exigente búsqueda de casualidades. El rigor de nuestra investigación impide compartir la certeza del dependiente. Saber qué serie exacta abría y cerraba el maletín de Marcela Esgabia queda fuera de nuestras posibilidades. Por otra parte, nada nos exige confirmarles que Rúben Cascalho acertara en su conjetura. Si acaso, a todos ustedes interesa constatar que, como dije antes, la cifra originó en el dependiente una conclusión emocionante. Escuchen el siguiente fragmento: *... franquero certificado para paquete comercial a cero con veintiocho tarifa basica a cero con dieciseis mas resguardo de entrega a cero doce cero con veintiocho reembolso de envio inferior a*

cien gramos a cero con veintiocho la edad de la señorita esgabia hace veintiocho años que cumple los veintiocho...

Lamentaría que mi exposición hubiera seguido hasta aquí un ritmo discontinuo, confundiendo a los asistentes. El tiempo disponible me urge a resumir los datos más relevantes: asiduamente, Marcela Esgabia acude a la estafeta por exigencia profesional; durante su presencia se acompaña de un maletín negro de gran tamaño; el maletín se dota de cerradura basada en un sistema de tres ruedas metálicas cuya alineación forma combinaciones numéricas; se revela importante el modo en que procede la señorita Esgabia para descansar el maletín, subiéndolo hasta el mostrador que atiende Rúben Cascalho; en varias ocasiones el dependiente contabiliza la serie cero, dos y ocho alineada en el mecanismo de apertura y cierre; la improbabilidad estadística lleva al dependiente a tomar dicha combinación por llave cifrada; en último lugar, Rúben Cascalho imagina la mediación de una regla nemotécnica de Marcela Esgabia, que acude a la propia edad para facilitarse el recuerdo de la combinación que abre y cierra el maletín. Veo que alguno de ustedes afirma con la cabeza. Antes de que validen la apuesta del dependiente Cascalho, interpongo de inmediato un dato crucial: en el tiempo de sus visitas a la estafeta, Marcela Esgabia sumaba alrededor de cuarenta y cinco años. Como escucharán pronto, los miembros de la estafeta de Glória dos Odres resolvieron sobre la edad de la mujer durante las entrevistas necesarias a nuestro estudio. Por ejemplo, a tono con su intuición, la auxiliar Neves respondió de la siguiente manera: «¿Joven? Guapa y elegante, sí; pero con los cuarenta bien cumplidos.» El dependiente Freitas, al frente del mostrador de paquetería y provisto de una objetiva fuente documental, declaró según lo privilegiaba su labor en la estafeta: «Nacida en el sesenta y dos, un año mayor que el cartero

Fontes.» A lo que añadió, justificando tanta seguridad: «No se entregan paquetes a particulares sin antes comprobar el carnet de identidad.»

¿A alguno de ustedes convence la idea de que Rúben Cascalho confundiera la edad de aquella mujer cuya presencia exigía atenderse? Acordarán conmigo lo improbable de ese error. Pero consideren por un momento que el dependiente acertaba al pensar que la serie cero, dos y ocho era la llave del maletín y la edad de Marcela Esgabia cuando esta guardó en la memoria aquella combinación de números. Una más interesante circunstancia resulta entonces, fundamental para comprender por qué nace en el dependiente Cascalho la decisión de producir el sello *cero dos ocho*: Marcela Esgabia, calculen conmigo, utilizaba el mismo maletín desde hacía más de quince años.

De gran tamaño y color negro, con estilo masculino según Freitas, y cargado, al menos, con quince años de uso. Pensemos si un maletín así haría buena compañía a la fama de Marcela Esgabia. Les ruego que invoquen la estampa de esa mujer señaladamente atractiva, vístanla con el maletín recién descrito y comprueben en la imagen resultante la participación de elementos concebidos para escenas diferentes. Les ayudará si me detengo a leer un largo apunte: *amadeu taveira nueve y trece entra que quiere girar la mensualidad del hijo cuatrocientos veinte dos con treinta de tasa paga exacto quince mas que el mes pasado que lo que cuesta estudiar que va por el tercer año de veterinaria freitas que luego lo cobrara evaristo que quien lo vera neves pasa un trapo al mostrador huele a alcohol viana que sale al banco avisa hasta pasada la mañana no vuelve la señorita esgabia nueve y treinta entra freitas y evaristo saludan saca cinco sobres del maletín cinco destinos a la capital emision mundo natural motivo ciervo volante franqueos a cero con dieciseis cero con ochenta devuelvo cuatro con*

veinte se vuelve sin esperar el cambio la aviso sube el maletín otra vez demasiado grande otro secreto sale evaristo sale neves sale se asoma a la calle sacude el trapo freitas vuelve al cuaderno de entregas neves regresa y cierra. Quédense con la frase «demasiado grande otro secreto» porque volveremos a ella. Aproximándonos al final del estudio que hoy nos reúne, es imprescindible dedicar unas palabras a la maleta de apuntes del dependiente Cascalho. El vínculo entre el maletín de Marcela Esgabia y esa atípica modalidad de diario donde Rúben Cascalho custodiaba el producto de la memoria se demostrará útil y definitivo para interpretar el sentido del sello *ceró dos ocho*. Obsérvenla en la pantalla. Por favor... Se trata de una simple maleta de viaje... Claro que existe. Ahora lo comentaré. Nuestro conocimiento de cuanto sucedió a Rúben Cascalho a partir de su ingreso voluntario en el asilo geriátrico nos autoriza a afirmar que el marchante García Brás no llegó a conocer la maleta de apuntes, ignorancia que, tengo que decir, ha permitido a la Fundação Epístola e Filatelia acceder a la mayor parte de los ejemplares que componen la colección filatélica del dependiente Cascalho y al conjunto de apuntes de su diario personal. Me siento obligado a aclarar que el interés de la Fundação por organizar este ciclo sobre *Arte postal y falsa filatelia* se remonta a la fecha en que se le cedió la maleta de apuntes para su estudio y valoración, mucho antes de hacerse público el fraude que el marchante García Brás venía practicando con la venta de sellos adquiridos al dependiente Cascalho. Me extenderé un poco más sobre este asunto.

El día en que Rúben Cascalho ingresó en el asilo geriátrico Serva Amanhecer portaba consigo una bolsa de viaje en una mano y la maleta de apuntes en la otra. A los escritores de diarios tranquiliza la idea de que el pasado, si se anotan los hitos relevantes que lo señalizan, adquiere la consistencia que echa-

mos en falta cuando pretendemos orientarnos a través del futuro. Supongamos que el dependiente, una vez en el asilo geriátrico y a punto de olvidar el tiempo que trabajó en la estafeta, ocasionalmente acudía a su diario con el pretexto de retrasar la anulación de la memoria debida a la enfermedad de Alzheimer que hoy padece. Durante este tiempo, la maleta de apuntes reservaría la minuciosa prueba donde el dependiente Cascalho confirmaba haber vivido alguna vez, haber tenido vida antes de la demencia. Como ustedes imaginan, me refiero al recuerdo de tantas personas que, sin aparente motivo, ganaron una línea de escritura en el reverso de un papel usado. Les interesará saber que al año de ingresar en el asilo geriátrico, el deterioro mental del dependiente Cascalho alcanzó el grado más profundo de la enfermedad. En la actualidad la maleta de apuntes no le garantiza ya ni la evidencia física del presente. Den por segura esta última información. Proviene del responsable máximo del centro que atiende a Rúben Cascalho desde que abandonó la estafeta. Lo comentamos de inmediato.

El doctor Benevides, director del asilo geriátrico Serva Amanhecer, cedió provisionalmente la maleta de apuntes a la Fundação Epístola e Filatelia, como ayer expliqué en el apartado de agradecimientos. En el tiempo preciso para la preparación de estas jornadas, el doctor Benevides compartió con quien les habla información relevante sobre el diario de Rúben Cascalho. De entre mis cuadernos resumo el testimonio directo del doctor: «Como es debido la maleta ha de volver a su legítimo dueño, junto a otros enseres personales, a pesar del estado físico y mental del señor Cascalho. Irá donde fue encontrada después del asunto del boleto de lotería. Desde entonces decidimos controlarla. El Correio Nacional nos advirtió cuando detectaron la carta. Por otra parte la maleta parecía normal, de equipaje.

Usted la conoce bien. Era de suponer que guardara ropa y objetos de aseo. Aunque sabíamos que el señor Cascalho acostumbraba a escribir, nadie se paró a pensar dónde guardaba el resultado de esa afición. Era fácil verlo en el salón, el vestíbulo o el jardín. Hasta que aparecieron las primeras alteraciones de la coordinación motora. No hace tanto que perdió también la facultad del habla. ¿Le expliqué por teléfono que escribir era compatible con el tratamiento? Cualquier papel le venía bien. Lo que encontrara. Casi siempre por el reverso. Le hablo de cuando su estado lo permitía. Puede que alguno de aquellos escritos estuviera entre los que intentó enviar por carta. El Correio Nacional solicitó que le impidiéramos franquear más envíos. Así se hizo entonces. Desde hace unos meses no es preciso.»

El asilo geriátrico cuenta con un servicio de recogida y entrega de correspondencia para los internos, por si desean saberlo. El doctor Benevides me habló de los informes elaborados junto con el inspector del Correio Nacional, quien explicó en qué etapa de control se detectó la carta con el boleto de lotería convertido en sello. Sobre lo que sucedió después, sigo leyendo la entrevista con el doctor Benevides: «Al primer periodista lo recibí personalmente. No dejaba de ser una anécdota, una curiosidad, aunque triste. Me refiero a lo del premio, no a lo de las cartas. En su estado no convenía que el señor Cascalho atendiera a la prensa. Pasados unos meses volvieron. Varios, pero por diferente motivo. Mire, al poco de la famosa carta, durante una temporada, lo frecuentó aquel marchante. Se identificó como miembro de la familia. Luego, pasado un año, la prensa informó de que vendía los sellos del señor Cascalho como si fueran obras de arte. Respecto a ese asunto el Correio Nacional no se ha involucrado. Solo nos pidieron que el señor Cascalho no volviera a remitir más cartas.» Sobre lo cual el doctor Benevides afirmaba:

«Sí, lo intentó de nuevo, en varias ocasiones. Ya estábamos advertidos, como le dije. El personal del geriátrico las retenía. En apoyo al tratamiento decidimos consentir sus ejercicios de escritura, no sin vigilancia, como es lógico.» Preguntado por el destino de las cartas que Rúben Cascalho intentaba enviar desde el asilo geriátrico, el doctor Benevides respondía con admiración: «No lo inventaba. El señor Cascalho recordaba aquellas direcciones aunque, en esa fecha, la enfermedad empezaba a impedirle reconocerse a sí mismo. Hay una explicación clínica apoyada en la evolución de otros pacientes afectados por similares procesos. Puede que le extrañe, pero los códigos de envío eran reales. Las calles, los códigos, los nombres. Todo real, según comprobamos. De alguna manera y a pesar de la demencia su memoria recuperaba con precisión aquellos datos. Como las direcciones de envío no guardaban relación aparente con el señor Cascalho, opté por guardar las cartas en la maleta, con el resto de cosas. Con las notas y los sellos. Y los billetes. Usted habrá visto los billetes. El señor Cascalho escribía también en los billetes con que le pagó el marchante.»

Hasta aquí la entrevista al doctor Benevides. Me adelanto a pedir disculpas por la sucesión de metáforas incluida en mis próximas reflexiones. La estafeta de Glória dos Odres hizo de cauce por donde descendía un caudal incesante de seres humanos. Personas que franqueaban cartas hacia toda suerte de destinos. En su mayor parte dichas personas sirvieron para protagonizar uno o varios apuntes. El dependiente Cascalho esperaba en la estafeta como el pescador que aguarda sentado sobre el pretil del puente, entretenido en ver pasar el cauce. Si la maleta de apuntes ofreció a su autor alguna guía para la orientación personal, habría de provenir siempre del pasado ajeno. Esta fórmula para llenar de contenido la memoria nacería de una deci-

sión consciente. La lectura del diario de Rúben Cascalho, compuesto de fragmentos sobre la vida de los demás, parece indicarnos un autor para quien desconocerse suponía un alivio, como si tener conciencia de sí mismo lo lastrara con una penosa responsabilidad o le provocara un insoportable cansancio. Por mi parte sostengo que el dependiente Cascalho escogió observar la existencia ajena como remedio para espantar las interrogantes de la propia vida. La escasez de alusiones autobiográficas en su diario me sugiere creerlo. Respecto al sello *cero dos ocho* y a estas últimas opiniones diré que Rúben Cascalho intuyó que la señorita Esgabia cargaba consigo parte del pasado, aun a costa de ensombrecer las atractivas imágenes de su presente. La cerradura del maletín abrió el paso a aquella intuición. Un número concebido para guardarse en secreto le insinuó la existencia de un episodio personal de difícil olvido. El maletín entero lo copiaba como si se tratara de un completo apunte. Recupero las descripciones ya referidas: un maletín largamente usado, grande y negro, de estilo masculino, quizá llevado en primer lugar, déjenme que alargue la insinuación, por la mano de un hombre, un personaje relacionado con la juventud de la señorita Esgabia.

No nos interesa saber si fue así. Tampoco interesó al dependiente Cascalho. Nuestro estudio del sello *cero dos ocho* sostendrá de aquí hasta el final que a Rúben Cascalho ni lo atrajeron los motivos que inspiraban a aquella hermosa mujer el uso de ese inapropiado complemento masculino ni se preguntó por las circunstancias que vivió el maletín de Marcela Esgabia en el pasado, perteneciera o no originalmente a otra persona, un hombre del que la señorita Esgabia lo recibiera después. Sin más, a Rúben Cascalho atrajo la cerradura de números. Si dudan sobre mi opinión, escuchen un nuevo apunte: *cesario andrade nueve y dos entra que han cortado la rua vigario fragoso para canalizar el*

gas freitas sale a ver los dos señalan desde fuera freitas corre a abrir nueve y cuatro la señorita esgabia entra cesario andrade cede el turno maleta y bolso de viaje solo un certificado internacional emision razas del mundo motivo bantu africano franqueo de cero setenta que donde va a guardar los pliegos de tarifa basica que hoy no los quiere que mañana que va de camino a la estacion paga y sale como va de viaje no lleva el maletin no hay numeros ni llave cesario y freitas salen señalan desde fuera suena una maquina entran una maquina de picar la calle.

Nos apremia una explicación final del sello *cero dos ocho*. Pues el tiempo se agota, intentaré premiar la presencia de todos ustedes mediante una conclusión satisfactoria. Aproveché la jornada inaugural para clasificar los sellos del dependiente Cascalho según las causas que los originaron. Con relación a aquella clasificación me escucharon decir que los sellos de Rúben Cascalho imitan las intenciones de la producción filatélica del Correio Nacional. Si meditan sobre las estampillas o sellos oficiales hallarán ejemplos donde reconocer una indiscutible función conmemorativa. Precisamente, la incansable tendencia a la observación del mundo ajeno podía fructificar en forma de sello cuando el dependiente Cascalho hallaba acontecimientos dignos de recordarse con mayor celebración que la silenciosa y privada felicidad permitida en un apunte autobiográfico. La pantalla ilustrará mis últimas reflexiones. Por favor...

Veán de nuevo el sello *cero dos ocho*. Un esbozo de maletín y números. Motivo recurrente de atención en Rúben Cascalho. Gracias a las tres cifras que repetía el maletín de la señorita Esgabia, el dependiente apreció la existencia de una interesante anomalía. Vimos que Marcela Esgabia cargaba un maletín inadecuado para la distinción y el atractivo que trasladaba consigo. Los apuntes de Rúben Cascalho indican que el dependien-

te nunca deseó indagar en la historia personal de la señorita Esgabia y su relación con el maletín. Nunca se propuso penetrar donde la memoria privada solo le comunicaría inquietud y desorden. Y mucho menos se instó a reflexionar con hondura sobre la obstinación con que las consecuencias del pasado sobreviven en la voluntad humana. El sello *cero dos ocho* conmemora un hallazgo al que solo justifican los números. Similar a un valor de franqueo: veintiocho, la edad en que quería ser maestro. Rúben Cascalho celebraba en el sello la emocionante satisfacción que le produjo descubrir el número secreto de Marcela Esgabia y deducir luego en él un secreto mayor que el supuesto en una cerradura de números.

Si hacen un esfuerzo, recordarán de qué modo los introduje en la lectura de hoy. Lo expongo de nuevo. Cantidades nunca triviales, cifras debidas a causas insalvables o a coincidencias inesperadas. Decisiones al amparo de los números. Para el dependiente Cascalho, dije al principio, recordar los números permitía componer una contabilidad de la memoria. Los ejemplos abundan en el diario del dependiente. Ustedes los han escuchado. En las jornadas próximas recuperaremos esta fuente de motivación. He querido guardar para el final uno de los apuntes que Rúben Cascalho escribió en el asilo geriátrico antes de perder la memoria definitivamente. La imagen de la pantalla amplía el billete sobre el que dejó escrito lo siguiente: *doxalon seiscientos una cada ocho horas isotensil una en el desayuno reholviran forte trescientos media en las comidas lenitax docientos gramos un sobre a media mañana reminixa cuarenta una antes de acostar total siete y cada dia peor.*

Finalizo. Los secretos y los números exigen un cómplice ideal. Diría que ambos fracasan si no encuentran alguien dispuesto a conceder una atención concentrada pero infinita. Los

secretos y los números destinados a describir la verdad jamás pierden interés. Para el dependiente Cascalho, conocer el número que abría el maletín de Marcela Esgabia se preciaba por contener parte del pasado. El sello *zero dos oito* lo conmemora tras una simulada cantidad de franqueo. Permítanme pensar con el dependiente Cascalho que bien vale una fiesta el número que desvela un secreto.

Permítanme que esta tarde comience con una advertencia. La lectura del diario de Rúben Cascalho acarreará una conclusión equivocada si su redacción se atribuye a un exceso de ocio. Considerando el argumento del sello que trataremos a partir de este momento, a la primera advertencia que acabo de ofrecerles añadiré una segunda: volverán a equivocarse quienes limiten el contenido de la maleta de apuntes a las anécdotas acaecidas durante las mañanas en la estafeta del Correio Nacional. El sello *debajo del alquitran blanco*, hace rato que lo tienen en la pantalla, corregirá ambas equivocaciones. Los apuntes de Rúben Cascalho ni se justifican en la ociosidad del autor ni ciñen su argumento al ámbito de la estafeta. La interpretación que me dispongo a leerles nos lo demostrará. Alguna vez me escucharán recurrir a lo episódico. Narraré acontecimientos cuya noticia, si bien nace bien lejos de la estafeta de Glória dos Odres, alcanzó al dependiente Cascalho con intensidad suficiente para provocar la anotación destinada a la maleta de apuntes. Cuando ustedes conozcan dicha noticia, comprobarán que los acontecimientos a que me refiero confundieron al dependiente. Por el momento sepan

que el resultado de esta confusión permite que consideremos el sello *debajo del alquitran blanco* como una propuesta errónea de conmemoración filatélica.

Desde que conocemos la colección filatélica de Rúben Cascalho, el ejemplar *debajo del alquitran blanco* ha sido el más reproducido en los medios de comunicación. Sólo el boleto de lotería que el dependiente convirtió en sello lo supera en popularidad, por razones de sobra conocidas. Tan amplia difusión se explica en parte gracias a la facilidad con que se interpretan las líneas del dibujo, logro que no se repite en muchos sellos de Rúben Cascalho, y en parte también por el uso y la difusión que del sello vienen haciendo sus actuales propietarios, la firma de seguros Versehen AG. Muchos de ustedes aún podrán acordarse de las piezas publicitarias donde dicha aseguradora ha reproducido el motivo central del sello, el pájaro blanco, imagen protagonista de la campaña «Debajo del riesgo» a lo largo de los primeros meses del año en curso, si la memoria no me engaña. En el transcurso de la charla posterior a la lectura tendremos tiempo de comentar este asunto.

Cuando lo leemos o lo referimos en voz alta, del título *debajo del alquitran blanco* nos asalta la proximidad de los términos *alquitran* y *blanco*, inesperada y equívoca conjugación que solo queda resuelta cuando descubrimos que el adjetivo *blanco* no califica la palabra *alquitran* sino el esbozo de pájaro que Rúben Cascalho intentó retratar. En lo sucesivo recuerden que este adjetivo fue un añadido posterior, como sugiere el hecho de haber sido escrito con un lapicero distinto, y que formó parte del sello como enmienda al error del dependiente Cascalho que referí al principio. Por favor, observen la pantalla. El sello muestra en la esquina superior derecha un rasgado o corte, parte del cual daña el título en la palabra *debajo*. ¿Lo ven? Y más abajo,

donde no alcanza el daño, Rúben Cascalho añadió el adjetivo *blanco*. Lo ven, ¿verdad? Ni la resolución del trazo ni el lápiz que lo dejó escrito son los mismos que en la línea superior. No piensen que se trata de una teoría. La maleta de apuntes lo confirma. Más tarde acudiré a las notas precisas.

Debajo del alquitran blanco. Me adelanto a decirles que si en el título se percibiera algún tipo de encuentro ingenioso, atribúyase a la voluntad de quien escucha, que creará hallarse ante un conato de originalidad. Ninguna sorpresa se intenta en el sello, como les probaré, y menos en el título, donde el dependiente vuelve a transcribirnos la realidad tal como era capaz de recordarla. Precisamente, la objetiva composición del título facilitó hallar en la maleta de apuntes diversas alusiones al sello *debajo del alquitran blanco*. De la primera que leeré para ustedes, como en ocasiones anteriores, anticipo la parte más relevante: ... *mundo natural una motivo cormoran moñudo el pajarito de la noticia franqueo de cero con veinticuatro todo negro salvo el pico y los ojos de amarillo...* Escuchen ahora el fragmento íntegro: *trece y dos la valija del servicio comprobante de entrega be efe cero cero dos cero tres firmar y sellar neves corta la cinta de seguridad freitas apila los resguardos de entrega efemerides dos deportes una arquitectura dos personajes cuatro filatelia mundial una serie del estado dos museos nacionales una arqueología una mundo natural una motivo cormoran moñudo el pajarito de la noticia franqueo de cero con veinticuatro todo negro salvo el pico y los ojos de amarillo*. La nota ocupa un recorte del comprobante autocopiativo que Rúben Cascalho, según describe en el apunte, firmó y selló tras recibirse la valija del Correio Nacional. Observen en la pantalla el anverso del apunte: el fragmento muestra en parte la lista de aquellas nuevas emisiones. Aunque copia del comprobante original, se trata de un documento destinado al uso oficial en la

estafeta, algo que no impidió que el dependiente lo utilizara con una finalidad privada. Podemos preguntarnos si en la redacción del apunte medió cierta urgencia, si la nota fue escrita en los instantes inmediatos a la recepción de la valija oficial, recién descubierto en el nuevo sello que los cormoranes moñudos visten plumaje negro. ¿Acaso el pájaro que Rúben Cascalho presentó en el sello *debajo del alquitran blanco* trataba de ser un cormorán? En efecto, se trata del mismo ave. Ya lo anuncié: cualquier interpretación del sello *debajo del alquitran blanco* ha de partir de la confusión del dependiente Cascalho, cuya mente prefiguró un plumaje blanco en los individuos de la especie Cormorán Moñudo. Desvelar la naturaleza y las consecuencias de esta confusión consumirá parte de nuestro tiempo. Acudamos cuanto antes a los testimonios de la estafeta de Glória dos Odres.

El dependiente Freitas respondía con las siguientes palabras al mostrársele una copia del sello: «Preguntó sobre el color del pájaro. Si sabía que era negro. Al principio no lo entendí. No sabía a qué pájaro se refería... ¿Cormorán? Sí, creo que sí. Cascalho me levantaba el periódico para que viera la foto. Un diario de unas semanas atrás... Pues no; cómo saber si era negro o de otro color. El pájaro estaba cubierto de petróleo.» Con estas palabras Freitas recuerda la mañana en que se recibió la remesa mensual que abastece de nuevas emisiones del Correo Nacional a la estafeta de Glória dos Odres. Entre los sellos recibidos, la emisión dedicada al Cormorán Moñudo interesa sobremanera a Rúben Cascalho, cuyo desempeño en la estafeta lo obligaba a atender la valija oficial, registrar la entrada y clasificar después las emisiones recibidas, algunas nuevas y otras de reposición. Días atrás, según expuso Freitas, todos en la estafeta conocieron a través de la prensa diaria la existencia de un pájaro llamado cormorán. En aquel primer encuentro, la capa de petróleo que

cubre el ave hasta deformarlo impide hacerse una idea de su aspecto natural. Les repito, por si alguno se distrajo, que los cormoranes son negros o, al menos, de color oscuro. Es lícito pensar, decía, que sin otra razón mejor que la memoria de imágenes donde aves características del mar sobrevuelan las costas, Rúben Cascalho prefigurara en su mente una blanquísima ave. La consecuencia de esta imagen confiada en exceso a la imaginación provocó que el verdadero color del ave, al conocerlo en el sello recién emitido por el Correio Nacional, lo desconcertara. En la nota que leeré de inmediato, escrita en el reverso de un comprobante de ferretería, Rúben Cascalho nos brinda once palabras. La mención aislada y sin otra referencia al sello *debajo del alquitran blanco* confirma el color que al principio el dependiente creyó en el ave. Rúben Cascalho describía así al cormorán: *sobre blanco alquitran sobre blanco el sello para el pajaro debajo del alquitran*. Días antes de la llegada a la estafeta de la estampilla dedicada al Cormorán Moñudo, la proximidad entre los mostradores de Freitas y Rúben Cascalho había permitido a aquel comprobar el lamento del dependiente al conocer en la prensa el suceso del petrolero Stranger, que con calamitosas consecuencias derramó en la costa una abundante parte del petróleo habido en sus tanques de carga. Por su parte, el cartero Fontes contó que la aflicción de Rúben Cascalho contagió entre los demás un desánimo sincero. Así lo comentaba Fontes: «Lo leímos en el Diário que Viana trajo por la mañana. Una lástima lo del vertido. ¡Y lo de esos pájaros! Ya lo dijimos todos: esas cosas no deberían permitirse.»

Semanas después de encallar el navío Stranger se recibe en la estafeta la emisión del Correio Nacional dedicada al Cormorán Moñudo. ¿Podemos cambiar la imagen?... Gracias. He querido mostrarles un ejemplar del sello oficial, idéntico al que atrajo la

atención del dependiente Cascalho. En la pantalla ven que el ave ocupa el centro del sello. La postura lo dibuja de espaldas. El giro del cuello nos muestra el perfil de la cabeza. Los detalles del ojo y el pico, ambos de color amarillo, son los únicos acentos de color brillante en la negrura general del plumaje, aunque el dibujante ha pintado en él unos oscuros reflejos verdes. En adelante recuerden esa pluma negra que lo viste por completo. El sello se completa con el valor facial, cero con veinticuatro, y el nombre del ave, Cormorán Moñudo. A la vista de la estampilla oficial, el dependiente Cascalho reconoció el error de su primera conjetura, la de creer que, bajo la capa de petróleo vertido por el Stranger, el ave se cubría con pluma blanca. Personalmente me pregunto si conocer la blancura del ave no agrandaría aún más el efecto turbador del daño contaminante. Por si no lo dije antes, les explico que el Diário del director Viana reproducía una dolorosa fotografía donde el espanto del cormorán ilustraba la pesada noticia. Que en algún momento se propusiera dedicar uno de sus sellos al cormorán infectado en la orilla indica que el destino del ave duele al dependiente Cascalho con descarnada motivación. Proyectaré para los asistentes el recorte de prensa con que el Diário daba noticia del suceso. No intenten leer en la pantalla. Leo a partir de mis notas. El titular de la noticia revela el nombre del navío y avanza la síntesis del suceso; una línea subyacente al titular aprovecha para calificar el daño provocado en la costa como difícilmente recuperable; el periodista abre la redacción defendiendo que «la misma noticia se obstina en ganar los mayores caracteres de los diarios»; después narra cómo el infausto buque petrolero padeció la violencia del temporal o la impericia del piloto gobernante, o ambas, y concluyó, ya en la costa, «recostado ilógicamente sobre abruptas rocas, algunas filosas», dice; aunque la tripulación resultó indemne, como

luego todos celebraron, el buque mostraba «una torsión mecánica que exponía al exterior parte de sus principales depósitos»; y aquí el periodista identifica el origen de la mercancía; los parajes del accidente se describen en la noticia acompañados de frío extremo y de una inabarcable hermosura; la belleza descrita se agranda por «contraste con la oscura nata», así escrito en el original, que desde diversas fuentes se derramó en abundancia «embruteciendo la visión del lugar», también así en el original. Siguen luego unas cifras provisionales de las dimensiones del vertido. El autor de la noticia se esfuerza en expresar que el aliento de los testigos llegados a la orilla del mar no encuentra consuelo. A modo de conclusión, el periodista comenta que el estrago entre las criaturas, imitando antiguas calamidades bíblicas, no selecciona especies; sencillamente, «la suerte se muestra infame y el petróleo cunde como moderna peste», de nuevo en el original. A la noticia, en tres columnas, encabeza la fotografía que Rúben Cascalho y los restantes miembros de la estafeta recordaban semanas después. En la imagen, sorprendido por el derrame, «un infeliz cormorán moñudo, cubierto de negra costura, representa y mide, para los atónitos espectadores de la noticia, el espesor del vertido», apuntaba el *Diário* para sus lectores.

Como cualquier ciudadano bien nacido, Rúben Cascalho se indignó ante la noticia del petrolero *Stranger*. Varias notas prueban el interés de los días posteriores al accidente. Escojo una. La enumeración de datos que inicia el próximo apunte se corrompe después al referirnos una realidad errónea. El dependiente imaginaba la vida del cormorán antes del desastre y en ese ejercicio, como sabemos, concibió una imagen fallida del ave: *doscientos cuarenta y tres de eslora catorce con setenta de calado treinta y cinco con cincuenta de manga veintisiete de tripulación setenta y siete mil treinta y tres de alquitran cincuenta y cinco mil de vertido*

el cielo blanco el mar blanco la espuma blanca la pluma blanca la vida blanca antes del stranger. Veo que alguno de ustedes sonríe ante esta imprevista sucesión de adjetivos. Les comentaré que mientras componía su diario, Rúben Cascalho nunca se preocupó por la estética del lenguaje. La maleta de apuntes obedece la inercia del oficio de ordenar franqueos, pesos y tasas en la estafeta del Correio Nacional. Como expliqué en anteriores ocasiones, el dependiente se esmeró en recopilar cantidades con las que recordar los detalles más finos en que se desmenuza la realidad. Entre la abundancia de cifras ciertas decoraciones verbales se originaban a veces por casualidad. En todos los casos se trata de una reunión fortuita de adjetivos. El dependiente Cascalho ni mostró capacidad para el ornamento y la flexión ni se interesó en buscarla. Es de suponer que los beneficios provenientes de la imaginación le quedaban lejos. Dicha incapacidad me sirve para justificar una interesante consecuencia de la producción filatélica del dependiente. Aunque surtida de papeles usados, recortes en blanco a la espera de apuntes futuros, anotaciones aparentemente interrumpidas y sellos de producción propia, la maleta de apuntes muestra una extraña carencia: en ella no se conserva ni un solo sello en forma de bosquejo preliminar. Ninguna variante de la idea final, ninguna estampilla abocetada antes de fraguar. Conserven esta particularidad para más adelante, cuando la pantalla exhiba una versión inédita del ejemplar *debajo del alquitran blanco*. Los sellos del dependiente, continuo, aparentan haberse trazado a raíz de un golpe mental, llevado por la misma decisión acrobática con que los niños pueblan sus historias visuales con dibujos de casas, árboles, soles, peces y flores. A falta de bosquejos, la gestación del sello *debajo del alquitran blanco* cuenta con una nota donde el dependiente divaga, esboza mentalmente y baraja las posibilidades gráficas a

su alcance. Leo parte de ese apunte, para el que valió un fragmento de calendario. Aprecien primero los asistentes con qué variantes se proponía Rúben Cascalho el tamaño final del sello: *treinta por treinta y seis cuarenta y seis por veinticuatro treinta por treinta...* La nota continúa con un simulacro de la imagen del cormorán que Rúben Cascalho prefigura sin ensayar otras tentativas, resolviendo apenas alcanza el final de la nota. El valor del apunte me parece tan alto, que lo destaco con especial interés. Les pido que lo conozcan. Mientras la pantalla cambia de imagen leo para ustedes el apunte íntegro: *treinta por treinta y seis cuarenta y seis por veinticuatro treinta por treinta si vuela no caben las alas si se posa quiere una piedra treinta por treinta y seis vale el pajar solo sin piedra.* La siguiente imagen...

Lino García Brás vendió el sello *debajo del alquitran blanco* a la aseguradora suiza Versehen AG, conocida en el mundo de los negocios por VAG, cuya cesión de las imágenes del sello original estoy obligado a agradecer ante ustedes. Meses antes de la venta, el marchante García Brás lo describía en la revista Escalas como «un vigoroso sentimiento estilizado por la precisa concisión técnica de un cirujano del lápiz». Ninguno de los asistentes ignorará que García Brás levantó en torno al dependiente Cascalho una falsa dimensión artística. Para conseguir sus propósitos, García Brás magnificó el valor de los sellos mediante artículos publicados en revistas especializadas, donde a la vez ocultaba la verdadera naturaleza de la colección filatélica del dependiente Cascalho. En ese plan, García Brás no desdeñó aprovechar cualquier medio de comunicación, incluidas algunas publicaciones sobre vinos de autor o safaris de lujo. Antes de acusarlo por fraude los compradores de los sellos, el marchante difundió en dos de las revistas de arte más reconocidas, Escalas y Papers, que los sellos eran, cito literalmente, «expulsados desde el torbe-

llino de una mente enferma, alucinada energía expresiva que ha arrastrado al autor a recluirse en diversos sanatorios psiquiátricos, luego de despreciar cualquier tentación del mundo material», refiriéndose al asunto del boleto de lotería premiado que Rúben Cascalho franqueó como sello desde el asilo geriátrico Serva Amanhecer, única alusión verdadera a la que sigue una mayor falsedad cuando a continuación describe al dependiente, de nuevo les cito, «ensombrecido por el ansia de las exigencias comunicativas y por el despropósito que la pulsión creadora ha inducido en el artista».

Simulada la condición de obra artística y con el eco remanente que de la noticia del boleto transformado en sello guardaba la opinión pública, García Brás introdujo con rapidez los sellos de Rúben Cascalho en el circuito del arte, evitando citar en cualquier caso que formaban parte del diario de un dependiente del Correio Nacional retirado y en fase avanzada de una grave enfermedad mental. El responsable de inversión de la firma Versehen AG informó a quien les habla sobre un informe donde Lino García Brás describía y valoraba con exageración el sello titulado *debajo del alquitran blanco*. Repetiré a los asistentes las palabras del responsable de la aseguradora suiza: «Adquirimos el sello a través de la galería Praxis, con la que nuestra compañía, dentro de sus objetivos de inversión, mantiene acuerdos de asesoramiento para la compra de obra plástica. Con respecto a la calidad artística, la galería Praxis hace valer su experiencia. El sello se adquirió como parte de un paquete de obras de arte. A su favor contaba el informe del experto. La noticia del artista enfermo y la historia del boleto de lotería no influyó en nuestras decisiones. La compañía invierte en valores con rentabilidad a medio plazo, como acostumbra. Aceptó hacerse con el sello del pájaro porque además coincidía con nuestra identidad de marca:

un cisne, como sabe. Naturalmente, tampoco perdíamos de vista su cotización a medio plazo. En cualquier caso nuestras adquisiciones se deciden valorando una escala donde confluyen la oportunidad comercial y el informe del experto en arte, entre otros factores.»

En el citado informe sobre el sello *debajo del alquitran blanco*, el marchante Lino García Brás combinaba el análisis habitual de las ponderaciones financieras y el lenguaje de las reseñas artísticas. Escuchen con atención e intenten descubrir cuándo se sirve de cada uno: «Obra original de Rúbén Cascalho. Tres por tres y medio centímetros. Lápiz sobre papel. Título: Pájaro blanco bajo el alquitrán. Imagen de gaviota y titular manuscrito del autor. Poema visual sobre la relación entre naturaleza y sociedad de consumo. Pese al pequeño formato la visión del conjunto proyecta una considerable medida de expresividad. La carencia cromática del dibujo no neutraliza la riqueza comunicativa del discurso. La obra trata de ganar nuestra atención por todos los medios, se mantiene en un moderado interés inicial y finalmente consigue un positivo balance de modo eficiente. El espectador futuro ponderará al alza su valor plástico. El asunto comunicativo no rechaza obtener el aprecio definitivo de las obras grandes y copiosas. En su conjunto la obra prometen revalorizarse ante la crítica y el público.»

Coleccionistas y comerciantes de arte compraron sellos pertenecientes a la colección filatélica de Rúbén Cascalho. Catorce sellos, nos consta. En mi opinión habremos de calcular un número mayor para la cantidad real de sellos que Lino García Brás adquirió. Las condiciones en que se produjo el trato entre el marchante y el dependiente, con el juicio de Rúbén Cascalho turbado por el principio de la demencia, fueron tratadas en la jornada inaugural. No nos interesa volver a debatir con qué

prácticas García Brás adquirió los sellos del dependiente, sino comentar la facilidad con que lograba venderlos después entre compradores con interés y aprecio por el arte muy diferentes. Desde la última venta, me refiero al sello titulado *doce de pie nueve derecha*, el marchante niega haber puesto en el mercado nuevos ejemplares. Cuando se le pregunta sobre el nulo valor artístico de la colección filatélica del dependiente, García Brás esgrime que sus informes argumentaban elaboraciones críticas personales, basadas en su análisis profesional y abiertas al rechazo o aceptación del mercado libre. Debido a su relación con la compra y posterior venta del sello *debajo del alquitran blanco* acudo a la entrevista que el marchante García Brás me concedió semanas antes de las jornadas que la Fundação Epístola e Filatelia viene celebrando. Un párrafo de nuestra conversación: «Me mostró un dibujo de números rayados por dentro. Un dibujo a lápiz, ingenuo, como de niño. Luego me enseñó otro que parecía un perchero boca abajo, uno de tres tazas y el del pájaro. También con números y frases. Decía que eran sellos. No lo parecían. El señor Cascalho insistió hasta que me hizo distinguir el trepado. Un agujero tras otro. A mano, me dijo, con alfileres. Como he explicado a la prensa, tenía muchos más. Una colección, aseguraba él. Cuando lo visité la primera vez me extrañó que después de la noticia del boleto de lotería ningún colega se hubiera puesto en contacto con el señor Cascalho para verlos. Llegué a preguntarme si fui el único en enterarse. Era obvio. Con lo del boleto sin cobrar en boca de todos y ese personaje medio loco que pegaba en las cartas sus propios sellos... Las historias se venden. El público compra historias. Y los medios de comunicación alertan a los que compran y venden historias. Yo luego los pongo en contacto ¿Entiende? El dibujo del pájaro, por ejemplo. Fue verlo y tener claro a quién le interesaría.

Dígame: si la fundación que le envía es capaz de pagar a un dibujante por una marca sin historia, ¿no pagaría más por una historia para su marca? Historias, amigo. El mercado quiere historias. La historia del boleto ponía los sellos del señor Cascalho en el mercado. Yo los compré, pagué a ese hombre y luego los vendí. Ningún problema.»

Ruego a los presentes que admitan un receso filosófico: con igual física se ven sobre el mundo lo sublime y lo detestable. El juicio de las cosas no compete al órgano de la visión sino a las instancias superiores del intelecto. Los compradores de los sellos de Rúben Cascalho juzgaron idóneas cada una de sus adquisiciones creyendo obtener valores justificados en la singularidad del autor, bien por convencerlos el oportuno informe de García Brás, bien para aprovechar la resonancia que el dependiente Cascalho obtuvo tras la noticia del famoso boleto de lotería, cuyo considerable premio despreció provocando el asombro de toda la opinión pública. Me consta que confiarles esta reflexión no añade valor al estudio de hoy. La interpretación del sello *debajo del alquitran blanco* podría concluir en este mismo momento. Pero me permitiré retenerlos aún. ¿Podría usted?... Gracias. Me complace prolongar el tiempo de reunión mientras la pantalla muestra de nuevo el sello del dependiente dedicado al cormorán, cuyo inesperado contrapunto conocerán todos ustedes de inmediato. Mientras celebramos las jornadas que la Fundação Epístola e Filatelia organiza bajo el título *Arte postal y falsa filatelia*, el Museu Postal expone la maleta de Rúben Cascalho aquí mismo, muy cerca de esta sala. Por encargo de la Fundação y al través del Museu Postal he tenido la oportunidad de estudiar este diario personal cuyo autor añadió una colección de variantes filatélicas debidas a su propia mano. Habrán notado que en mi descripción de la maleta de apuntes he mantenido en

todo momento la objetividad. En la maleta, decía, el dependiente Cascalho conservó sus recuerdos manuscritos sobre papeles usados, la mayoría ya impresos por una de las caras, íntegros algunos y otros recortados de pliegos mayores de muy diversa procedencia. El dependiente Cascalho guardó también fragmentos de papel en blanco dispuestos para recibir una futura anotación, fotografías que hemos decidido no mostrar por comprobarse en todas ellas la ausencia del dependiente, lapiceros de alturas y desgastes variados, gomas de borrar, una caja de alfileres y una vieja tijerita. Y sellos. La colección filatélica del dependiente Cascalho: pequeños dibujos a lápiz acompañados de títulos compuestos por breves frases, palabras aisladas o cadenas de números. Dentro de la maleta, Rúben Cascalho apartaba los sellos en una carpeta de las que nunca faltan en despachos y oficinas, con cinta de protección en el lomo y cerrada por gomas. De la colección han informado medios diversos: por una parte las revistas del sector que publicaron los artículos del marchante García Brás, por otra el boletín de la Fundação Epístola e Filatelia y, en el caso del sello *debajo del alquitran blanco*, la prensa de tirada nacional mediante sus secciones especializadas. Si bien las estampillas oficiales se reproducen por millares y así lo aceptan los coleccionistas filatélicos, los sellos del dependiente se valoraban como obras originales y únicas. La opinión pública, García Brás y el responsable de inversión de la compañía VAG nunca supieron que la maleta de apuntes del dependiente Cascalho guardaba una copia del sello *debajo del alquitran blanco*. Por favor, cambie a la siguiente imagen.

Título: *debajo del alquitran negro*. Treinta por treinta y seis milímetros. El dibujo del pájaro negro imita el del pájaro blanco. Si se fijan bien, verán que el parecido es perfecto. La semejanza entre ambos se explica, ustedes no lo apreciarán en la

imagen, cuando examinamos al detalle los sellos originales, donde comprobamos que Rúben Cascalho contorneó el segundo pájaro a partir del primero, gracias a un papel de calco. Por contra, el título y el plumaje oscuro surgen de un trazado directo. Mediante una inquietante, no sé si estarán de acuerdo conmigo, e insistente tachadura de lápiz, la silueta del cormorán queda rellena hasta conseguir ennegrecer el ave. Con esta técnica eficaz aunque propia de alguien sin la sensibilidad del dibujante preciso, el autor indica haber conocido ya que los cormoranes son negros. En la maleta de apuntes no faltan recuerdos que certifican ese conocimiento. Leo: *contreiras a punto de salir al reparto saluda que sale tarde desde dentro antunes sale contreiras antunes a voces desde dentro hasta la puerta contreiras vuelve la mano a la cabeza freitas no se calla neves repite antunes que se te olvida que donde vas sin el paquete para gomes de milan abogados como al pajaro negro el bote de tinta para la almohadilla tanto ajeteo toda la esquina once hojas ha calado contreiras saluda que sale tarde otra vez sale nueve y veintiseis freitas no se calla*. En una servilleta de cafetería Rúben Cascalho recuerda, al final de otro apunte, la decisión de corregir el primer sello del cormorán. Tenemos una imagen del apunte... Gracias. Dice: *neves que ayer fue al dentista freitas que ya no se acuerda de lo que hizo ayer neves que ayer vino con la boca hueca nueve y tres paulo brandão entra freitas que tan pronto no ha colocado el apartado postal paulo brandão que va de viaje antes quiere mandar una felicitacion emision navidad motivo adoracion de los reyes franqueo de cero con veintiseis sale antunes le sigue freitas que no se acuerda de lo que hizo ayer que no se me olvide el sello del pajaro negro neves que ni se acuerda ya de lo que falta hacer hoy*.

El punto al que hemos llegado aconseja una explicación. Deseo acompañarla por la última imagen de hoy, donde compar-

ten espacio los dos sellos dedicados al ave que atrapó el vertido del Stranger. En cuanto esté disponible... *Debajo del alquitran blanco, debajo del alquitran negro*. Dos sellos distintos, un mismo motivo. Brevemente: tras conocer que los cormoranes moñudos son negros y habiendo producido ya el primer ejemplar, el dependiente Cascalho dibuja, con la ayuda del calco, un segundo sello, exacto en el contorno del ave aunque oscurecido por apretadas líneas de lápiz. A continuación, como si fuera necesario diferenciar ambas composiciones con mayor claridad, añadió los adjetivos *blanco* y *negro* debajo de la palabra *alquitran*, acción con la que el dependiente materializaba su preferencia por emitir un sello nuevo en lugar de enmendar el error de la primera versión, para lo cual apenas hubiera precisado oscurecer a lápiz el cormorán blanco. A ustedes este proceder suscitará extrañeza. Se librarán de ella en cuanto esboce unos rápidos rasgos sobre la personalidad de Rúben Cascalho.

En mis entrevistas con los integrantes de la estafeta de Glória dos Odres fue inevitable tratar las relaciones personales entre aquellos y el dependiente Cascalho. Las respuestas que me ofrecieron intentaban conciliar el respeto hacia la memoria del compañero, tiempo atrás obligado a recluírse en el asilo geriátrico debido a una grave enfermedad, y el sentimiento común de haberse librado de una compañía diferente a la de los demás. A partir de mis notas vislumbrarán el tipo de diferencia a que me refiero. Los primeros comentarios pertenecen al dependiente Freitas: «Cada primero de mes había que dejarle arrancar la hoja del calendario. Las guardaba. No me pregunte para qué.» Otro de Freitas: «Nunca entendí su empeño en ordenar por orden alfabético los tampones de caucho.» Del cartero Antunes: «A Cascalho había que avisar cuando acababan los chistes.» En general, la auxiliar Neves mostraba una mejor comprensión

hacia los hábitos del dependiente: «Utilizaba siempre el mismo baño. Cuando estaba ocupado el del almacén, prefería esperar. ¿Por qué no? Alguno se lo veía mal. Pero lo del baño es algo muy personal.» El señor Viana, director de la estafeta, aludió a costumbres constatables en la maleta de apuntes: «Era frecuente que llenara de números la conversación. Que si durante el mes pasado tantos y tantos... Que en tal hay tantos de tal... Cosas de ese tipo. Por si le vale, me preguntó si sabía que el trepado de los sellos tiene no sé cuántos agujeros. ¿Sesenta? Los de tamaño pequeño, supongo. Debí de contarlos.» Un último comentario del cartero Fontes, no exento de perplejidad: «Lo que más me sorprendía de Cascalho era que nunca escribía sobre las líneas de la libreta. Por lo que fuera prefería escribir en los márgenes. Las agendas del Correio Nacional, sin ir más lejos. A finales de año la de Cascalho estaba llena de notas en los márgenes. Entre las líneas, ni una letra.»

Espero que el testimonio de los miembros de la estafeta ayude a los asistentes a conocer mejor las rarezas particulares con que a diario procedía Rúben Cascalho, entre las cuales cabe la decisión de procurarse un segundo sello conmemorativo de la desgracia del cormorán, si bien con dibujar sobre el primero hubiera conseguido el mismo resultado. Que deseara conservar intacta la primera de las versiones, por cuanto sabemos del dependiente, encaja entre otras curiosas costumbres. Nos extraña con mayor motivo una distinta propiedad apreciable en los dos sellos dedicados al cormorán. La calificaré de perturbadora. Dejen que les introduzca en ella a través de una interrogante: ¿confiar a un diario el producto de la memoria entraña un acto de confesión? Respóndanse como mejor crean. Entre tanto leeré un apunte manuscrito en el reverso de un viejo mapa: *antunes catorce y veintidos entra contreiras catorce y veintiocho entra fontes*

catorce y cuarenta entra viana desde el despacho que si han vuelto del reparto freitas que si que ya estan aqui antunes contreiras fontes empapados como el pajar de la foto que no ha parado de llover en toda la mañana neves que se sacudan en el felpudo que a quien le toca luego pasar el fregon. Observen la pantalla y los dos sellos que la ocupan. El borde trepado a mano. El título manuscrito en cada ejemplar. El cormorán blanco. El cormorán negro. Y nada más. El elemento que dio origen a los dos sellos destaca por faltar en ambos. ¿Alguno de ustedes encuentra rastro del vertido que derramó el Stranger? ¿Acaso el petróleo cubre al cormorán blanco o negro? Una pregunta más: si el daño causado al ave motivó ambos sellos, ¿por qué ninguno comunica ese daño? Me limitaré a constatar con ustedes que el dependiente retrata en los dos ejemplares el mismo ave incólume, a imitación de las asépticas imágenes que ilustran los sellos del Correio Nacional. Personalmente me aturde comprobar que el dependiente eligiera aludir al cormorán infectado por el petróleo mediante una imagen libre de daño. Como han escuchado en el último apunte, el diario de Rúben Cascalho evoca a menudo al ave contaminada, como si la memoria se opusiera a olvidar la imagen que reprodujo el Diário de aquella jornada. Es deseable saber entonces por qué los dos sellos con el título *debajo del alquitran* la recuerdan mediante una figura ideal. Me atreví a calificar esta decisión como perturbadora. Añado la siguiente negativa: escribir un diario no requiere la confesión abierta y sincera de la memoria. ¿Me permiten que comparta con ustedes la convicción de que el diario perfecto jamás se escribirá? En mi modesta opinión lo impide la inmensa parte de voluntad sumergida bajo la minúscula parte visible de voluntad que acepta confesar nuestra memoria.

Como otro elemento más de la maleta de apuntes, la colección filatélica del dependiente también padeció la censura del

autor. Si los apuntes que vengo leyéndoles desde la primera jornada solo ceden la realidad consentida por la personalidad del dependiente, sus sellos ilustran la porción de vida que la voluntad consiente comunicar. Para ser justos, Rúben Cascalho informaba de su intención desde el principio. El título original del sello era *debajo del alquitran*, sin el adjetivo *blanco*, lo que señala que el autor se propuso dedicar un sello al cormorán y no a la causa de su muerte. Después de horas de estudio a la filatelia del dependiente, me considero capacitado para decirles que ninguno de sus sellos disfraza la necesidad que lo originó. Al contrario que los sellos oficiales, cuyas imágenes comunican una realidad ajena al dibujante, Rúben Cascalho nunca dedicó uno de sus ejemplares a un motivo que no naciera en el seno de la propia vivencia. Todos se alimentan de una objetividad amparada en el recuerdo. No creo que los sellos dedicados al cormorán cubierto por el petróleo incumplan esa norma. Antes y después de emitirlos, el dependiente Cascalho prefería recordar el ave que pudo haber vivido. Opino que la memoria censuró la noticia del vertido porque deseaba olvidarla. La lectura de hoy quedaría incompleta si no compartiera con ustedes una última curiosidad: la maleta de apuntes contenía dos únicas anotaciones donde se llama cormorán al ave condenada por el vertido del Stranger. Lo escucharon la primera vez cuando el dependiente listaba las emisiones recibidas con la valija oficial. En un instante, el segundo apunte lo mostrará la pantalla. Vale como descripción de la foto que Rúben Cascalho vio en el Diário: *nombre de pueblo cormoran de pueblo de mar pajaro de mar pedia aire todo alquitran salvo el ojo*.

rosa de agujeros 0562bsF4 made in portugal

¿Ven correctamente? ¿Desde atrás también? Puede que no perciban el dibujo de la forma que ustedes esperaban. Fíjense con atención. Aunque no los distingan con facilidad el sello *rosa de agujeros* posee los elementos constantes en la producción filatélica de Rúben Cascalho. En la parte superior verán el título *rosa de agujeros*; simulado bajo el título mediante una cadena de letras y números tienen el valor de franqueo; en la zona inferior la leyenda *made in portugal*, cuya presencia justificaré a su debido momento; y en el centro, pese a la dificultad en apreciarlo, un esbozo de figura geométrica. ¿Usted lo ha descubierto?... Agujeros. En efecto, auténticos orificios provocados en el papel. ¿Los distinguen ahora? En su día el sello *rosa de agujeros* vino a engrosar la colección privada de Heráclito W. Chauvert, propietario de la compañía internacional Inneco, fabricante de fibra óptica. Meses antes de salir a subasta, Lino García Brás dio a conocer el sello *rosa de agujeros* mediante un artículo en la revista *Nodos*, donde lo acompañaban imágenes ampliadas del original y un análisis crítico. El significado que el marchante atribuyó a la horadación del sello no puede ser más artificial. Del citado

artículo leo un fragmento: «A nivel significativo, la violación del papel pretende desposeerse del referente geométrico de la rosa, símbolo orgánico de pureza que connota el trasunto sentimental que inspira la obra. Es, en definitiva, una alusión (barra) reflejo al discurso personal que expresa ‘yo soy yo y mis vacíos’, proveniente del patrimonio intertextual del autor en su relación con el presente, hueco y geométrico a la vez, y cuya energía vital es consumida (barra) absorbida a través de orificios por la identidad poética que la esencial flor destila.»

Por favor borren cuanto antes de su memoria las divagaciones que acaban de escuchar. Por mi parte procuraré ayudarlos a formarse una noción rápida de lo que veremos próximamente. Para lograrlo aclaro desde el principio que Rúben Cascalho no representó flor alguna en el sello que esta tarde trataremos. Como explicaré más adelante, el dependiente dedicó el sello *rosa de agujeros* al vidrio de seguridad de la estafeta de Glória dos Odres. Por favor... El apunte que ocupa la pantalla será el primer referente al que acudamos a lo largo de la mañana. De todas las anotaciones de la maleta de apuntes, aquellas donde se describen los hábitos del autor son las que mejor explican la producción filatélica del dependiente Cascalho. Más tarde volveremos a esta idea. Seguro que entonces ustedes descubrirán en ella una relación directa con el sello *rosa de agujeros*. Sobre el apunte de la pantalla diré que fue escrito utilizando un fragmento de un documento mayor. La pieza forma parte de un extracto bancario, uno de esos comunicados con que los bancos detallan balances y movimientos de saldos a sus clientes. El dependiente dividió varias veces el documento con la simple técnica de plegar el papel y luego rasgarlo a mano. El reverso de las piezas resultantes, cuatro en total, sirvió para albergar diversos recuerdos de Rúben Cascalho. Como muestra la pantalla, la anotación solapa

el mosaico de símbolos representativos de la entidad emisora del documento. ¿Lo aprecian desde el fondo? Los apuntes de Rúben Cascalho sobre los recortes del extracto bancario no guardan continuidad ni relación. Como expuse al comienzo, el fragmento de la pantalla y las piezas restantes delatan una de las preocupaciones características de Rúben Cascalho: el ahorro. No me refiero a la variante económica del término sino a otra bien distinta de índole psicológica. Con su permiso la explicaré muy brevemente.

Quienes han leído al completo la maleta de apuntes del dependiente Cascalho coinciden en que el hábito de escribir sobre papeles usados se consagraba a satisfacer la voluntad del autor y no a moderar el gasto material. No faltará quien simplifique esta circunstancia argumentando que historiar la propia vida en el reverso de viejos papeles, la mayoría destinados a fines vulgares, revela el desdén hacia la prefabricada oferta de cuadernos a disposición del escritor de diarios, para quien el mercado ha dispuesto tentadores formatos en blanco con todo lujo de acabados y detalles. Quien les habla, si ustedes le permiten demorarse un momento, esbozará una idea con trasfondo práctico: Rúben Cascalho no deseaba evitar el despilfarro sino la confusión que se deriva de todo derroche. Me comprenderán mejor después, cuando pruebe que el sello *rosa de agujeros* surge de la decisión del dependiente Cascalho de manifestar una simple incomodidad práctica, y que el título de la estampilla nada tiene que ver con la simbólica flor referida por el marchante García Brás. Aprovecharé para comentar que el sello *rosa de agujeros* muestra... Delante hay sitio... El sello *rosa de agujeros* muestra una de las trazas ocasionales en los sellos de Rúben Cascalho. Me refiero a la cercanía de sustantivos cuya inusual conjunción impregna a todo lector con sugerencias de naturaleza

equivoca. No se confundan: como en todos los casos, el título *rosa de agujeros* camufla, bajo la apariencia de un lirismo sin éxito, una edificante muestra de precisión y objetividad.

Las anotaciones del dependiente Cascalho, quería comentarles, siempre aspiraron a registrar con fiabilidad de contable el ámbito cotidiano y la experiencia cercana. Por otra parte sus principales preocupaciones ni alimentaban una vena estética ni sostendrían un debate de altura. Profundas reflexiones filosóficas no se le conocen. Y no es menos cierto que ningún sello de Rúben Cascalho tergiversa la realidad vivida o pretende originar una nueva. Dicho lo cual regreso a nuestra estudio para anteponer que el sello *rosa de agujeros* surgió de un inconveniente de origen laboral. La nota que ocupa la pantalla desde hace rato surge después de una jornada anticipatoria en la estafeta de Glória dos Odres. Leeré un fragmento manuscrito en el reverso de lo que parece un sobre comercial usado. Comprende dos partes. La primera proposición demuestra un impedimento. En la segunda, una negación quiere resumir cierta forma de deseo incumplido. Vamos con la primera parte: ... *se me tapa la cara no escucho la voz del señor tavares...* Anticiparles este fragmento destacará el contexto que lo acoge. El apunte íntegro comunica la fastidiosa circunstancia a la que Rúben Cascalho debió acostumbrarse a partir de cierta fecha. La nota completa dice así: *leandro tavares diez y veintinueve entra llega al mostrador se me tapa la cara no escucho la voz del señor tavares tuerce la cabeza oigo peor tampoco veo la cara que un certificado urgente serie deportes motivo campeonato mundial de ajedrez franqueo de cero con treinta el primero el primero el primero de los que faltan pasar por la bandeja de intercambio.* Pongamos también entre los primeros de la maleta de apuntes este recuerdo sobre el vidrio de seguridad levantado a partir de la renovación de la estafeta, elemento inter-

puesto entre el dependiente Cascalho y el público que solicitaba atención al otro lado del mostrador. En el próximo apunte, Rúben Cascalho presagia una posible transformación de la estafeta de Glória dos Odres a la vez que enumera su alcance. El recuerdo del dependiente conservaba parte de la precipitación que acompañó al rumor descrito en el apunte. Leo para ustedes: *cambios en la estafeta freitas neves y contreiras tambien antunes cambios con el nuevo presidente nacional cambios en la estafeta fontes que no que no pero los demas nuevo presidente nueva intendencia todo en las estafetas del correio cambio de mobiliario cambio de equipamiento cambio de letrado luminoso cambio de uniforme cambio de reloj oficial cambio nuevo plan de imagen dice freitas*. El rumor divide a los operarios de la estafeta, como han podido escuchar. Entre la dos versiones, Rúben Cascalho no se inscribe en ninguna. Pero en una doble nota posterior, el dependiente asegura la renovación inminente de la estafeta. El relato de la mañana y la descripción de los personajes ocupan una extensión inusual. La secuencia completa que pretende narrar el dependiente, propenso a consumir formatos reducidos, excede la capacidad del primer papel al que acude, lo que exigió buscar otro mayor. La primera parte de la nota ocupa el reverso en un resguardo de tintorería. Dice: *el señor pessanha delegado provincial ocho y treinta y tres entra recursos institucionales del correio nacional maletin ejecutivo piel de color cobre le acompaña un desconocido chaqueta sin hombreras aunque bien vestido carpeta plana grande negra dos asas de cinta como de dibujante el cartapacio saludan freitas los recibe que si que esta en su despacho pero viana sale como si esperara antes de hacer esperar*. La llegada del delegado provincial y su acompañante continúa aparte. Escrito en el reverso de un calendario de pared, recorte de la hoja de abril: *se dan la mano al despacho el señor pessanha primero entra*

y acompañante detras entra viana con la mano en la puerta el ultimo a freitas que diga a neves que cuando llegue contreiras que avise cierra por dentro once y veinticinco salen tambien sale viana sin el cartapacio recorren la estafeta cuarto de paqueteria cuarto de distribucion y reparto cuarto almacen cuarto de taquillas mostradores al exterior salen ocho minutos por delante de la puerta y el ventanal entran freitas una tijera que no he pedido los pasa por detras la tijera por la almohadilla de humedecer por debajo del mostrador que como una caja de aborro viana y el señor pessanha y el otro al despacho entran viana cierra freitas que como una caja de aborro lo ha oido que una pantalla de cristal deja el tampon a paqueteria va llama a neves cierran la puerta tambien. A pesar de la extensión ha valido la pena alcanzar el final de la nota, donde el dependiente refiere el próximo vidrio de seguridad llamándolo pantalla de cristal. De alguna manera, Rúben Cascalho presagia un carácter molesto en este nuevo elemento. Los apuntes del diario que aluden al vidrio de seguridad lo tratarán siempre como un obstáculo. El sello *rosa de agujeros* representa la síntesis culminante de todos esos apuntes, recoge el malestar que el dependiente confiesa en todos y a todos los representa. Presten atención al motivo central del sello. En un principio, el esquema perforado por el dependiente para ocupar esa parte central dificultaba reconocer el sentido de la estampilla. Es cierto que en lugares de muy diversa índole, públicos y privados, nos enfrentamos a esa formación de agujeros en círculos que perforan los cristales de protección, pero el título *rosa de agujeros* cargaba consigo un lastre simbólico que hubo de descartarse antes de comprender qué objeto representa el citado esquema. Añadan la presencia del resto de elementos verbales y comprenderán plenamente la dificultad que acabo de exponerles. Como pueden imaginar, resultó inevitable acudir a la maleta de apuntes. Por

fortuna, en varias ocasiones el diario de Rúben Cascalho menciona el vidrio de seguridad. Antes de relacionarlo con el sello *rosa de agujeros* supuse, de forma equivocada, que el vidrio de seguridad afectaba al dependiente como una dolencia anímica. El obstáculo, pensé, impedía el diálogo con el público, entorpecía la distracción de los detalles donde Rúben Cascalho se afinaba durante la jornada de trabajo. El público, no lo olviden, fue siempre el destino elegido por el apremio observador del dependiente, cuya memoria tomaba en la estafeta los motivos que luego estimulaban el hábito de escribir, de un modo similar a como las personas enfermas reciben una dosis de buena salud gracias al paisaje que ven a través de una ventana abierta al exterior. Entendía entonces, en resumen, que el vidrio de seguridad provocaba una perturbación psicológica, una alteración del ánimo cuyo solo padecimiento justificaba ser expresado. Debí retirar esta primera conclusión al relacionar las notas donde aparecía el vidrio de seguridad. No, no se trataba de una incomodidad que descolocara el orden del alma. El vidrio de seguridad levantó consigo un simple impedimento práctico. Leeré tres apuntes. Los tres, de rápida fabricación, piden que los entendamos como productos de un impulso en el recuerdo de Rúben Cascalho. Acorde con su extensión, el dependiente los anotó sobre papeles de formato minúsculo. Aprecien el tono condicional del siguiente apunte, registrado en medio resguardo de una cita con el dentista: *si me alzo no escucho si me agacho no veo*. El siguiente se intercala entre los datos del resguardo de compra de una zapatería. El reverso contiene otra anotación que no viene al caso. Escuchen: *rota la cara rota entre los agujeros*. Y el último se lee en la solapa de una caja de infusiones: *a voces y no se escucha*.

Notas como las que acabo de leer demuestran que al dependiente Cascalho preocupaba atender al público en condiciones

idóneas. El camino que va desde estos recuerdos hasta el sello *rosa de agujeros* se recorre gracias a la tendencia de Rúben Cascalho por trascender los sucesos nimios de la vida. En apuntes que pronto conocerán ustedes confirmaremos la fuente del malestar que detenía el natural avance de las jornadas en la estafeta. No se trataba del vidrio de seguridad sino de los complementos que localizaba justo frente a la posición del dependiente: los orificios para la circulación de la voz y el nuevo rótulo indicador adherido al cristal. Sugerir a los presentes una imagen más precisa del vidrio de seguridad favorecerá la continuación del estudio, para lo cual acudimos al material recogido a los empleados en la estafeta de Glória dos Odras. El director Viana cedió un comentario exculpatorio: «La normativa interna impuso la modernización del equipamiento oficial. Efectos del cambio en Presidencia.» El dependiente Freitas recurrió a la sinceridad sin escatimar el tono crítico: «Más seguridad, sí; pero más fastidio también. Y si usted me lo permite anote que peor: lo que no cabe por la bandeja tiene que pasar por el intercambiador. ¡Qué! ¿Y los paquetes? Los que no caben en el intercambiador se sacan por el lateral del mostrador. Como toda la vida.» El cartero Fontes, quizá por afectarlo en menor medida, se muestra complaciente: «Más luz con los nuevos focos del techo. Mucho más moderna la estafeta después del cambio. ¿Lo de los cristales? Hay que modernizarse. Sobre todo por el público.» En un ejercicio de contrapunto, acudo ahora a una de las notas de Rúben Cascalho, donde al final se resiente una antigua satisfacción: *peor desde que se coloco todo peor el cristal verde para el publico todo hasta parece un trabajo*. El lector que consulte la maleta de apuntes completará la opinión personal del dependiente Cascalho sobre el vidrio de seguridad. Contrariedad y hasta conflicto se citan en la siguiente nota. Es larga: *regina barateiro trece y cua-*

*renta y uno entra carro de compra paraguas a la papelera oficial una huella como de via el sobre por la bandeja que quiere un certificado postal emision naturaleza motivo garduña gris franqueo de cero con cuarenta mas coste de certificado a pagar cero con sesenta y dos la señora barateiro que cuanto cero con sesenta y dos que cuanto cero con sesenta y dos con sesenta y dos sesenta y dos le devuelvo cero con treinta y ocho recoge el cambio la señora barateiro a por el carro olvida el resguardo que olvida el resguardo recoge el carro y el paraguas que olvida el resguardo va a la puerta freitas salta a avisar olvida el resguardo al mostrador la señora barateiro que esta mañana no me puse el aparato pero es el cristal y hace tiempo que lo digo. Para la siguiente nota Rúben Cascalho improvisa sobre el billete de un trayecto en autobús. El apunte, acorde con el tamaño del resguardo, tiene brevedad de suspiro. Véanlo en la pantalla: *menos verde menos duro hoy.**

La auxiliar Neves, siguiendo con el testimonio de los operarios, aludió al vidrio de seguridad como un problema. Su comentario certificaba la inconveniencia general que se impuso en la estafeta: «¡Lo del cristal! Mire, Cascalho era discreto y poco hablador, precisamente. Pero a partir del cambio tampoco le quedaba otro remedio. A voces. Dos, cuatro, urgente, que si con acuse. De mejor, nada. Aunque lo diga Viana. Y además no circula el aire y no hay ventilación.» Como material complementario añadido, según me detalló el director Viana, una descripción de la estafeta de Glória dos Odres antes de la renovación acometida. Leerla en este momento me parece oportuno. Carezco de imágenes originales que proyectar, así que dibújense mentalmente ustedes un recinto más o menos cuadrado, abierto a la vía pública mediante una puerta de doble hoja, una de las cuales, a la izquierda del entrante, permanece cerrada salvo cuando transitan las sacas cargadas de correspondencia. Una vez dentro se

descubrían el felpudo y la papelera oficiales, dos sillas de cortesía enfrentadas y un reloj circular timbrado a las doce en punto con la marca del Correio Nacional. La pared ocupada por el reloj, a la derecha, exhibía publicidad diversa sobre las ventajas de los servicios que la estafeta dispensa. El mueble para el apartado postal, de ciento cincuenta casillas, cada una con cerradura, se arrimaba a la pared de enfrente. Al público se atendía en dos mostradores de madera dispuestos en ele, uno lateral y otro frontal a la entrada. Juntos cerraban tras de sí el espacio destinado a los operarios de la estafeta. En el primer mostrador, el de posición lateral, atendía Freitas. El otro, frente a la puerta de entrada, sirvió al dependiente Cascalho. Entre ambos se dispersaba mobiliario contenedor de estantes y cajones. Para permitir el tránsito entre espacios destinados a público y operarios, los mostradores no llegaban a juntarse. Detrás del de Freitas, como en la actualidad, se abren dos puertas: el despacho del director Viana y el almacén de distribución y reparto. El espacio tras el mostrador del dependiente Cascalho permitía la entrada a los cuartos de almacén y taquillas. Conviene rematar este esbozo con una más precisa descripción de los mostradores: antigua haya de listón machihembrado, los bordes se redondeaban en el lado del público sobresaliendo a modo de cornisa, los dos mostradores aparecían dañados por quemaduras de cigarro. La maleta de apuntes del dependiente Cascalho añade una precisión ejemplar a este último detalle: *gil couto una nueva y hacen once diecinueve con las quemaduras en el de freitas*. Con rapidez listaré ahora los cambios que modificaron la estafeta: la puerta de entrada con dos hojas se sustituye por un habitáculo de acceso franqueable a través de dos puertas; un nuevo mueble para el apartado postal dobla el número de casillas, hasta las trescientas; un sillón de diseño reemplaza en el mismo lugar a las dos antiguas sillas; la

cartelería, antes en papel desnudo, se cuelga enmarcada e iluminada por difusores de luz a juego con el marco metálico; entre mostradores se interpone una puerta a la medida del hueco; el reloj, pese a garantizar durante años la puntualidad, desaparece sólo por retener la antigua marca del Correio Nacional. El cambio relevante para nuestro estudio afectó a los antiguos mostradores de haya, sustituidos por pulidas planchas de mármol rosado. Sobre la nueva superficie se apoya el vidrio de seguridad hasta tocar el techo de la estafeta. Durante mis entrevistas con los operarios de la estafeta disparé algunas fotografías. Antes de proseguir me gustaría compartirlas con ustedes... El mostrador de Rúben Cascalho... Desde el lado contrario... El mueble del apartado postal. Una vista más amplia...

Mientras se proyecta este material me decido a confiarles una reflexión imprevista: los lugares anónimos son los únicos destinos adonde se dirigen las personas corrientes. En otra variante: la vulgaridad del lugar que habitamos nos impondrá, antes o después, la irrelevancia de nuestras vidas. A la vista de las fotos... Aquí desde el exterior. Un poco oscura... A la vista de las fotos no les será difícil comprender la ausencia de aventura que el dependiente Cascalho enfrentaba a la hora de escribir su diario. Basta interrogar a un escenario para juzgar los episodios que en él acontecen. Sirve también esta misma afirmación si deseamos catar la hondura del diálogo o la densidad del silencio que se escucha en el lugar. La voluntad humana adquiere forma según la escena en que actúa. Y ya que me han permitido florear el tono de mi reflexión, les solicito que admitan una última sentencia. Tres son los estados de la ambición: inevitable, rebatida y ausente. A través de la autobiografía recopilada en la maleta de apuntes, la ambición del dependiente Cascalho se nos revela apostada en la tercera vía. Por suerte para él, nadie le exigía, y

menos él mismo, que su aspiración vital adoptara un estado distinto al de la conformidad. Personalmente intuyo, no obstante lo dicho, que la historia del vidrio de seguridad encendió en el dependiente una vena revolucionaria. Conocida la personalidad de Rúben Cascalho, se intuye que todo conato de queja se convirtiera como un formulario de reclamación al que le faltan los datos de envío. Pondré un ejemplo. Sustituimos las imágenes de la estafeta por la siguiente nota... Correcto. Extraigo un fragmento donde el dependiente formula y rechaza su deseo por medio de una frase cóncava: ... *caigo quedo vuelvo el cristal sigue alli...* El apunte íntegro, como comprobarán enseguida, nos remitirá a un episodio onírico. Mientras dormía Rúben Cascalho soñaba y recordaba el paso de la última mañana. La redacción posterior del apunte circunda la presencia molesta del vidrio de seguridad. Leo para ustedes: *mauro esparteiro tres paquetes de ferreteria moutinho a la vez el primero el segundo el tercero ninguno por la bandeja que no caben salgo del mostrador al otro lado el paquete primero un grifo en el paquete un grifo de acero como un arma apunto al cristal disparo hacia atras sin ruido el fogonazo hacia atras caigo quedo vuelvo el cristal sigue alli los agujeros en la rosa treinta y siete el señor esparteiro por el jefe viana que no vuelva a abrir el grifo una vergüenza una vergüenza no debi disparar.* La nota entraña una alusión a la que esperábamos desde el principio de nuestra exposición. El lector habrá reconocido en ella el título del sello. Repito parte del apunte: ... *los agujeros en la rosa treinta y siete...*

Cierro la descripción de la estafeta que venía leyéndoles: el vidrio de seguridad de la estafeta de Glória dos Odres baja de techo a mostrador; sobre la bandeja de intercambio, a la altura de una persona de estatura media se inscribe en el vidrio una perforación circular de pequeños orificios, permitiéndose el trá-

fico de la voz. Y de la maleta de apuntes añado el siguiente cómputo recogido en una servilleta de cafetería, sin ninguna otra aclaración: *dieciocho doce seis uno en el centro total treinta y siete*. Por favor... En la pantalla reproduzco juntos el sello *rosa de agujeros* y una fotografía que muestra los orificios del vidrio de seguridad. Disculpen la calidad de la foto, que deforma la figura circular del vidrio. El defecto no impide que si cuentan en ambos lados, sello y fotografía reproducen la misma cantidad de agujeros. También es parecida la disposición en círculos. Constatamos que el dependiente nunca tergiversó la realidad. Ni los apuntes ni la colección de sellos pretendieron apartarse de la experiencia vivida. Considero oportuno, antes de terminar... No, la anterior. Para terminar considero oportuno mostrarles la imagen de un apunte redactado en el asilo geriátrico *Serva Amanhecer*. De su lectura obtendrán una evidencia más de que el dependiente quería para su diario y su memoria la precisión de la que se alejan los pormenores de nuestra vida según estos mismos suceden. Rúben Cascalho mantuvo esa aspiración hasta que la enfermedad se lo ha permitido. El apunte reza así: *ciento uno ubaldo prates ciento dos nicanor carreira ciento tres desconocido ciento cuatro aurelia azevedo ciento cinco vacia ciento seis nuno dourado ciento siete desconocido...* El apunte sigue hasta la habitación ciento treinta y dos. El reverso lo ocupa un aviso de citas para el podólogo. ¿Podemos ver esa imagen también?... Gracias. Vean la reproducción del membrete. El apunte fue escrito en el asilo geriátrico *Serva Amanhecer*, cuando el estado mental y físico de Rúben Cascalho aún le permitían escribir. Se trata, por tanto, de una de las últimas anotaciones. El dato podemos darlo por seguro a pesar de la ausencia de fechas en el diario del dependiente, pues el registro del tiempo en la maleta de apuntes obedecía un método inverosímil a la hora de organi-

zar la memoria, dado que Rúben Cascalho despreciaba citar la fecha de los recuerdos aunque concretara la hora en que sucedían indicando el minuto exacto. Bien, de este asunto hablaremos en otro momento. Para finalizar, les pido que atiendan al mejor apunte sobre el asunto que hoy hemos tratado. El dependiente recuerda así la instalación del vidrio de seguridad: *dos juvenes diez y veintiuna entran a la espalda casa detavex portugal dos cristales dia catorce de reforma el primero para freitas los juvenes dieciocho minutos ninguna incidencia el segundo cristal veintitres minutos ninguna incidencia despegan el protector plastico limpian abrillantan del maletin donde freitas un rotulo sobre la bandeja segundo rotulo la goma verdea se han equivocado a la altura de los ojos que tapa la cara el joven mayor que no que alguna propiedad al instante del adhesivo que ya no puede que tendran que traer otro vuelvo hacia el rotulo por fuera venta de sellos certificados por detras del cristal cero cinco seis dos be ese efe cuatro made in portugal donde la goma no cubre.*

Rúben Cascalho, aunque habitante de la indiferencia ajena, recaudaba detalles y emociones provenientes del otro lado del mostrador. Dificultarle esta personal fórmula de correspondencia con el mundo provocó el sello titulado *rosa de agujeros*, una emisión sin otro fin para su creador que conmemorar la queja que lo animaba entonces. Si se comprende como debe esta motivación, ustedes habrán descubierto que el dependiente Cascalho, además de inspirarse en la rutina, no escribía nunca sin la complicidad de los sentidos, al contrario que el escritor de aspiraciones elevadas, cuya incitación para la escritura proviene de un impulso mental. Rúben Cascalho no aspiró a superarse ni siquiera durante el acto de escribir, ejemplo de lo cual quizá sea el deseo personal de apuntar la vida en el reverso de un papel usado. Sería de lamentar que la humildad del soporte restara

soberanía al sentido de lo escrito y anulara la curiosidad de su lector. La anécdota del siguiente apunte sirve de conclusión. Vean en la pantalla dónde está escrita. Si observan con atención reconocerán el mismo extracto bancario del que hablé al principio: *mariana caldeira y gascon doce y cincuenta y tres entran contreiras a la vez entra contreiras conoce a gascon ladra gascon conoce a contreiras la señora caldeira carta certificada para el servicio de atencion social ciento tres gramos franqueo de cero con treinta y tres emision instrumentos populares motivo brinquinho de madeira otro golpe contra el cristal hacen trece queria ver a gascon.*

Quiero agradecer la presencia en la sala del doctor Abílio Benevides, director del asilo geriátrico Serva Amanhecer, y la de don Celso Magalhães, presidente de la Fundação Epístola e Filatelia, que han aceptado acompañarnos durante la exposición de esta tarde. Con tu permiso, querido Celso, compartiré con el público mi especial agradecimiento al doctor Benevides, cuya intervención no solo permitió conocer la colección filatélica de Rúben Cascalho sino que, desde la primera entrevista, ha aportado a nuestro estudio algunos de sus datos más fiables y relevantes.

La exposición que inicio en este momento nos lleva fuera de la estafeta de Glória dos Odres. No será a La Haya, la ciudad referida en el título del sello. Pueden verlo en la pantalla. Observarán que el dependiente dedicó al título manuscrito más de la mitad del espacio que circunda su característico trepado de alfileres. No iremos hasta La Haya, les decía, sino a un lugar cercano a la estafeta. Mañana habrá tiempo para comentar el gusto de Rúben Cascalho por detenerse ante los escaparates de las agencias de viajes. No es una circunstancia que debamos considerar por ahora. El sello *espejos uno aqui dos en la haya*

expresa una realidad ajena al discurrir de la estafeta pero cercana a Rúben Cascalho, una anécdota en la que el dependiente sospechó la presencia de sentimientos desacordes entre terceros personajes. Desentrañar el origen y la razón de dichos desacuerdos queda lejos de nuestra capacidad y fuera de nuestro propósito. Me ceñiré a la tarea de demostrarles que el sello de los espejos, lo llamaré más veces de esta manera, viene motivado por una situación próxima en la que el dependiente Cascalho presentía un reflejo de la propia existencia.

En jornadas anteriores me detuve a comentar la abundancia de cifras en los apuntes de Rúben Cascalho. La precisión que los números conceden al diario del dependiente lo libra de uno de los rasgos más habituales en los autores de diarios, como es el uso de adjetivos y complementos nominales destinados a decorar la redacción de los recuerdos. Todos ustedes han venido comprobando conmigo que el dependiente Cascalho extendió a los títulos de su colección filatélica la costumbre de incluir valores y cifras. En el caso del sello *espejos uno aquí dos en la haya*, los números del título nos comunican cantidades precisas cuyo significado queda oculto en una primera lectura. Aprovecharé que hablamos de espejos para recordar a los asistentes ese extendido convencimiento que considera el reflejo de nuestra imagen como una reproducción incompleta de nuestra múltiple y rica existencia interior. Lo mismo ocurre con el título del sello que hoy tratamos: pese a la exactitud de las cantidades, ninguna refiere lo que parece. El sello de los espejos resume un desencuentro familiar al que Rúben Cascalho accedió gracias a su labor expendedora en la estafeta del Correio Nacional. La naturaleza real de los espejos aludidos en el título no pudo desvelarse hasta confrontar apuntes del dependiente, testimonios recogidos en la estafeta y nuestra propia entrada en lugares próximos a aquella.

Puede que, según avanza mi exposición, todos los elementos del sello, incluidos los números, se contaminen de cierta ambigüedad. Esperen a que mi lectura la disuelva. Por último, y aquí cierro este largo preámbulo, les gustará saber que estamos ante un sello incompleto. Ni los ejemplares vendidos por el marchante García Brás ni el resto de sellos conservados en la maleta de apuntes carecen de un elemento imprescindible en cualquier estampilla: el valor facial. Por favor fíjense en la pantalla. Aunque el dependiente se esfuerza en representarnos el reflejo de los rostros y de distribuir el título del sello en el espacio disponible, por alguna razón no figura el valor de franqueo. Aun a riesgo de decepcionarlos confieso no haber encontrado la causa de dicha carencia. Por mi parte rechazo considerarla fruto de un olvido. Cualquier explicación deberá contar con la voluntad del dependiente Cascalho. La falta de un rasgo tan básico en la producción de sellos postales sugiere una intención, un deseo cuya naturaleza y propósito permanecerán, lo sospecho, sin resolver. Esperando compensar mi ignorancia sobre la causa de este aspecto tan significativo, cierro la presentación del sello compartiendo con ustedes una atrevida suposición: precisamente por faltarle el valor facial, Lino García Brás decidió no comprar el sello *espejos uno aquí dos en la haya* aunque el dependiente se lo mostrara. Quien les habla encontró el sello de los espejos fuera de la carpeta de gomas donde Rúben Cascalho guardaba su colección filatélica, entre las anotaciones de la maleta de apuntes y otros papeles aún sin manuscibir. Me apetece imaginar que el dependiente extrajo el sello de la carpeta y lo mostró al marchante, quien rechazó el ejemplar pese a su atractiva composición. Si atienden a la pantalla muchos de ustedes opinarán conmigo que el sello *espejos uno aquí dos en la haya* es el más original de toda la colección filatélica del dependiente Cascalho.

Aplaudo la decisión de la Fundação Epístola e Filatelia, que lo ha utilizado para ilustrar la portada del catálogo de las jornadas que venimos celebrando. Con el permiso de todos ustedes comenzamos a interpretar su significado.

Para empezar, del sello de los espejos señalaré que transporta consigo algo de imposibilidad, una cantidad irreducible de distancia y suficiente de intencionada falta de encuentro como para considerarlo un sello de penosa conmemoración. Nada tiene que ver este juicio con la vida del dependiente. Tanto atributo negativo provino de personas y circunstancias en las que Rúben Cascalho escogió poner su interés. Volvemos a enfrentarnos a un ejemplar originado por los frutos que la observación de lo próximo daba a su autor. Una forma más convencional de aplicarse en consumir el tiempo disponible en la vida no habría conseguido la redacción de un diario equiparable a la maleta de apuntes, donde circunstancias del todo extrañas al autor desplazan fuera los recuerdos de la propia experiencia. Junto a la incansable afición por observar el comportamiento ajeno, Rúben Cascalho contaba con la habilidad anormal de constatar en algunas personas laberintos ocultos a simple vista, en contra del enfermizo distraimiento con que me lo describieron sus compañero de trabajo. Atiendan a la respuesta de la auxiliar Neves cuando le pregunté por la relación de Rúben Cascalho con el público de la estafeta: «Pues lo justo. Correcto pero discreto. Confianza, confianza, la de Freitas, que bromea con el público hasta molestar. Aunque ninguno como Cascalho sabe nombres y apellidos de la vecindad. Pregúntele a Fontes. Que le diga si los de reparto no le preguntaban por alguna dirección. Pero de charla con el público, lo dicho: poco. Y con nosotros, igual; para qué engañarnos». A lo que la auxiliar Neves añadió finalmente: «En veinte años de servicio Cascalho y una servidora cruzamos

las palabras justas. Cascalho a lo suyo. A ordenar sellos y rellenar impresos de certificado y franquear cartas. Y luego a casa. Y hasta el día siguiente.» Me van a perdonar un momento, no encuentro la gafa...

El diario de Rúben Cascalho corrige las afirmaciones de la auxiliar Neves. También lo hace el sello de los espejos, cuyo estudio nos sugiere que el dependiente lo concibió tras estancarse durante horas en la observación atenta de los demás, sin que a sus conclusiones faltara la perspicacia, como demostraré a partir de ahora. Para que los asistentes repitan el orden y la dirección de mis investigaciones, primero apuntaré al sustantivo sobre el cual gira la completa interpretación del sello: el espejo. Saber que los títulos de la colección filatélica nunca evocaron significados evidentes inhabilitaba la esperanza de encontrar cualquier clase de espejo al que Rúben Cascalho deseara referirse. Aun así, eliminar las posibilidades más básicas obligaba a dirigir hacia la estafeta de Glória dos Odres las primeras acciones. Los siguientes testimonios resultaron de nuestras cuestiones sobre un posible espejo en el lugar de trabajo. Responde el dependiente Freitas: «Hará diez o doce años enviaron un espejo desde la central del Correio. Llegó con el mapa del país. Para decorar. Le hablo de antes de la publicidad. Tuvimos el mapa colgado durante años. A todo color, con las plazas dotadas de estafeta señaladas con un círculo. Luego empezaron a llegar los carteles del Correio Nacional. Hubo que quitar el mapa. Viana lo descolgó para hacer hueco y Cascalho se lo llevó a casa.» La maleta de apuntes confirma el último comentario de Freitas. Alguna de las anotaciones que he podido leerles hasta el momento fueron escritas en el dorso de fragmentos del citado mapa. Cuando volví a preguntar sobre el espejo, el dependiente Freitas concluyó esta cuestión: «Llegó roto.»

Para nuestro propósito, sin espejo en la estafeta, el título *espejos uno aquí dos en la haya* mantenía una esquiva forma de alusión. El carácter simbólico del dibujo, observen la pantalla, fortalecía pensar que el autor había recurrido al espejo para referir una idea y a su vez dificultar a todos alcanzar la idea referida, o a una suerte de sustitución destinada a perder el vínculo que la origina, o diremos que a una alegoría casi perfecta y, por tanto, casi de inalcanzable traducción. El desconcierto inicial que limitaba las posibilidades de nuestro estudio se alivió cuando mostré el sello al director Viana. Escuchen el valioso comenariio: «¿Espejos? Los de la cafetería. Enormes, por cierto.»

Después. La imagen anterior... Gracias. El Café de La Haya se encuentra próximo a la estafeta de Glória dos Odres. Desde allí hasta el establecimiento basta un breve paseo. A falta de mejores indicios, la proximidad entre ambos lugares representaba la única vía de estudio, por lo que el Café de La Haya adquirió condiciones de punto inicial. En mi primera visita supuse recorrer el mismo itinerario que antes hubiera recorrido el dependiente Cascalho. Dicha suposición se contradijo después con la opinión de los compañeros de estafeta, ninguno de los cuales, al ser preguntados sobre este asunto, tardó en negar que Rúben Cascalho gastara el tiempo de descanso en visitar el Café de La Haya. Ustedes pueden imaginar en el citado café diverso público, y entre este los miembros de la estafeta, que lo frecuentan durante sus intermedios laborales. El dependiente, sin embargo, siempre esquivó la intención de atraerlo hacia el establecimiento. Los consultados lo confirmaban con desigual comentario. El cartero Fontes, admirándose: «La mañana entera tras el mostrador.» El dependiente Freitas lo enjuiciaba: «Para Cascalho aquello era un exceso.» La auxiliar Neves, en tono de reproche: «¿Salir a tomar un café? ¿Cascalho? Nunca quiso.» El director Viana lo elogió:

«No tenía costumbre ni necesidad. Prefería permanecer en su puesto.» Finalmente, el cartero Antunes lo disculpaba: «Cascalho tenía otras cosas en la cabeza.»

Habrán notado ustedes que aún no he acudido a la maleta de apuntes. Hasta este momento no ha sido preciso. El primer apunte que pronto escucharán contradice las declaraciones que acabo de leer. Rúben Cascalho conoció el Café de La Haya durante visitas solitarias, fuera del horario laboral, pasada la media tarde. Para quien practicaba la curiosidad con la discreción comprobada en Rúben Cascalho, toda suerte de compañía solo puede provocar dos efectos: distracción o molestia. Coincidirán conmigo en que los diálogos sin sentido ni finalidad obstruyen la alegría del pensamiento. El dependiente Cascalho quizá llegaría más lejos añadiendo que conversar, fuera quien fuera el interlocutor, vuelve estéril el pretexto que la soledad brinda a la contemplación. Si los individuos retraídos adoptan la renuncia por modo de vida, Rúben Cascalho compensó el efecto pernicioso de su retraimiento mediante soledades calculadas para ocupar el mundo sin que el mundo a él lo percibiera. En el Café de La Haya, el dependiente consintió que la vida se le aproximara tanto como la mesita propia dista de la mesita inmediata. Parece que le fue suficiente. Lo prueban no pocos fragmentos de servilletas de papel hallados en la maleta de apuntes, anotaciones de escritura más irregular que en otros casos debido a la fragilidad del soporte, seguramente, y donde comparten espacio el distintivo impreso del Café de La Haya y los recuerdos manuscritos por Rúben Cascalho durante alguna de sus visitas. Como ejemplo he escogido el siguiente apunte: *cinco transeuntes dos ciclistas gafa de pilotar tres vehiculos antiguos tres fachadas completas el tranvia con el techo cargado de nieve tapa la cuarta molenstraat a mediodia pone*. En breve me referiré a este apunte.

Retrasar el retrato de ese lugar del que vengo hablándoles perjudicaría la comprensión de mis futuras explicaciones. La pantalla mostrará algunas imágenes del establecimiento. Cuando quiera... Gracias. Acompaño las imágenes describiéndoles el Café de La Haya a partir de mi propia visita: la fachada abre tres altos ventanales de vidrio, el de la derecha separado de los dos restantes por la puerta de acceso, también acristalada aunque protegida mediante laboriosa forja; en el interior atrae la vista el suelo de escaques blancos y negros; lo visten sillas con asiento de rejilla, mesas de hierro y cristal, ventiladores de techo, lámparas de brazo... Desde la entrada... Barra de atender con pie de madera y zócalo de acero, tras el que atiende el encargado. Diferentes fotografías en blanco y negro muestran rincones de La Haya: jardín con casita de té, pórtico de columnas con edificio a contraluz, fuentes de escultura barroca, plaza recoleta con sombrillas, vista marina desde el miradero y travesía nevada con ciclistas y tranvía, imagen cuya composición coincide con el escenario descrito en el apunte que antes escucharon. Otras imágenes de naturaleza familiar muestran personas en pose de retrato y grupos que se descuidan ante la presencia del fotógrafo. Más tarde aludiré con mayor detalle a alguna de la fotografías referidas. Antes cerramos la descripción del Café de La Haya con el siguiente elemento decorativo: dos grandes espejos levantados en paredes perpendiculares, dispuestos a modo de esquina al final del establecimiento, en un espacio elevado y frente a uno de los ventanales por donde la luz penetra y se refleja hacia el interior engrandeciendo la sala. La última, por favor...

En este preciso momento resulta consecuente el siguiente ejercicio: sitúen ustedes a Rúben Cascalho al fondo en el rincón del establecimiento, con la imagen reflejada por los espejos, tras una taza vacía y un dispensador de servilletas listas para escribir.

Encajar al dependiente en ese rincón nos parecía una idea apetecible al principio del estudio. La coincidencia de dos espejos en disposición perpendicular, cuyo observador extraña la insinuación del propio perfil, quizá recordara al dependiente las conocidas emisiones postales que retratan de lado al personaje titular. Pero la simetría obtenida en el Café de La Haya no coincidía con la del sello de Rúben Cascalho, donde un tercer rostro mira al lado contrario del reflejo. Dudar que los espejos del Café de La Haya fueran los inspiradores del sello era más que razonable. Si alguno de los presentes se encuentra algo confuso, una breve reflexión acerca de las motivaciones del dependiente Cascalho a la hora de escribir sobre la propia vida lo ayudará a proseguir.

Pocas personas serían capaces de protagonizar relatos de heroísmo, lo cual haría de ellas personajes universales. La épica, es decir, esa arte dedicada a inscribir el recuerdo del héroe en la memoria universal, se alcanza a través de dos únicas vías: con la muerte o por la victoria. Ninguna de ellas ha debido de querer para sí el dependiente Cascalho, a quien, como sucede a los fundadores de diarios, lo motivaba el deseo épico de escribir sin dotes para la escritura. Bien es cierto que a Rúben Cascalho no se le puede atribuir el deseo de habitar en el recuerdo ajeno. El dependiente ni escribía para ser leído ni calculó en la maleta de apuntes mayor herencia que el valor acumulado por el peso del papel. El interés literario del dependiente Cascalho se limitaba a registrarse la existencia a la manera de un contable eficiente, un administrador responsable de computar y tasar el orden y la cuantía de los detalles que la vida hace pasar delante de uno sin causa ni propósito. No olviden que la maleta de apuntes del dependiente sustituye a los diarios encuadernados y en formato convencional de otros autores, y que, si bien la calidad sintáctica de los apuntes sonroja por ínfima, la obsesión numérica de

Rúben Cascalho permite hablar de una narración épica donde el héroe dependiente autor no pugna por superar la propia irrelevancia personal sino por consolidar la memoria y vencer la voracidad del tiempo. Y nada mejor que las cifras exactas, pensaría Rúben Cascalho, para oponerse a la devastación que sobre los detalles ejerce el olvido. Nada más imperecedero que los números para derivar en recuerdo cabal el azar de los días sin especial motivo para ser recordados. Retomo una afirmación que leí de pasada y ahora se me ocurre completar del siguiente modo: el dependiente Cascalho nunca buscó habitar el recuerdo ajeno porque le bastaba asegurarse el recuerdo propio. Ahora que conocemos la enfermedad que daña a su autor, la maleta de apuntes nos ofrece una contabilidad de la memoria personal a la que el dependiente pudo acudir cuando el recuerdo vacilara, un patrimonio de recuerdos en papel cuya precisión cuantitativa permitiría a Rúben Cascalho recomponer el pasado con exactitud, revivir con sumo grado de detalle la vida perdida y, de paso, afianzar la conciencia cuando lo debilitara la indefensión hacia la que se encaminan los seres humanos cuya memoria corre peligro de desvanecerse. Como cierre a esta digresión les invito a escuchar unos fragmentos de la entrevista que me concedió el doctor Benevides, hoy entre nosotros: «Como otros internos, el señor Cascalho seguía los ejercicios dirigidos a detener la pérdida de memoria. Precisamente destacó por el interés que mostraba al practicarlos. Muy metódico, incansable. Ahora le sería del todo imposible.» Preguntado sobre si el dependiente Cascalho conocía la enfermedad que lo amenazaba, el doctor Benevides dijo: «Lo ha sabido desde el principio. Esta fue la razón que lo obligó a ingresar en el centro. El único método paliativo ha consistido en preservar las funciones mentales el mayor tiempo posible y retrasar las fases más graves.» Lo cual el doctor relacio-

nó de inmediato con la costumbre que el dependiente mostró nada más llegar al asilo geriátrico. «Sí, está comprobado. Escribir beneficia la actividad mental. Por fortuna para el señor Cascalho no había que pedírselo. En aquel estado, el suyo era un caso de grafomanía muy conveniente. Le bastaba cualquier excusa. Por ejemplo, los auxiliares aseguran que anotaba los horarios de medicación propios y de otros internos. También me consta que compuso un índice alfabético y otro numérico de los rótulos que señalizan las habitaciones y salas del centro. Como le dije, desde el principio se interesó en seguir los ejercicios de rehabilitación.»

No sabemos si la maleta de apuntes ayudó al dependiente Cascalho a resistir el acoso del alzhéimer. Para el propósito de estas jornadas sobre falsa filatelia, sellos y apuntes conforman una única fuente de información. Una vez que el lector documentado se habitúa a la escritura de Rúben Cascalho, su diario esclarece las circunstancias y las motivaciones que sustentan la idea expresada en muchos de los ejemplares de la colección filatélica de Rúben Cascalho, por muy arbitrarios o irrelevantes que parezcan al espectador. Hasta podríamos decir que la maleta de apuntes alberga el germen de un estilo para la expresión de la memoria. Se trata de una opinión personal. Me permito mostrársela a la luz de los acontecimientos que la maleta de apuntes revela en relación con el sello *espejos uno aqui dos en la haya*, cuya realidad condensa, a la manera de una tragedia griega, un complejo relato dotado de vínculos desechos y destinos opuestos.

Retomo la maleta de apuntes. A partir de las próximas lecturas conocerán el significado de los espejos que nombra el título del sello. Para ello hemos de combinar varias notas esclarecedoras. La primera, tras un formulario de certificado fuera de uso: *la señora reeden once y dos entra como el mes anterior correo internacional emision europa motivo comunicaciones terrestres*

*franqueo de cero con cuarenta al primer sobre se le despega la solapa la señora reeden agradece no consiento humedezco en la almohadilla no consiento que la señora reeden lo repare. Contábamos con un lugar: el Café de La Haya; y a partir de ahora disponemos de un nombre: la señora Reeden. La segunda nota, en un fragmento de prospecto publicitario, repite la presencia de la misma mujer en un momento de ajetreo laboral: *neves falta conreiras sale a repartir viana que freitas freitas que neves como no esta pues freitas y esperando el señor castanheira quince el portero de la nacional de seguros doce conreiras vuelve que olvido el libro de firmas blasco peixoto ocho la señora reeden ocho llego a la vez y el encargado de gestores guimarães cinco minutos ademas con paquetes para certificar todos esperando freitas que cuando viene neves.* La señora Reeden aparece en otros apuntes evocadores del desempeño laboral de Rúben Cascalho. Considerémosla ya público ocasional de la estafeta de Glória dos Odres. El siguiente recuerdo la ubica fuera del lugar de trabajo. El apunte al que acudo se anota en el margen de una página de periódico, al costado de una foto incompleta. El espacio bastó al dependiente. A pesar de la brevedad ofrece datos numerosos y relevantes: *dieciseis y treinta y cuatro la señora reeden de vuelta rua esturião por la derecha lado impares de vuelta al cafe no me reconoce.* La hora pertenece a la tarde. La situación ocurre fuera de la estafeta, como anticipé. Que se alude al Café de La Haya me permite afirmar la coincidencia del lugar: la calle Esturión, domicilio del Café de La Haya, donde me recibió la señora Reeden. El dependiente Cascalho la incluye de nuevo en un apunte cuyo soporte, papel de servilleta, sugiere haber sido escrito en el propio establecimiento: *de diecisiete a diecisiete quince seis negros dos azules dos verdes oscuro uno rojo uno de franjas azules y blancas uno marron con greca negra y blanca uno multicolor de publicidad**

la mujer que escribe a Holanda el periódico en la mesa paraguas sale abrigo blanco paraguas negro y ya son siete. Irán conociendo poco a poco este necesario personaje. Podría describir a la señora Reeden según mi propio recuerdo, pero un retrato igualmente válido lo encontrarán en la siguiente nota. Por su redacción considero que narra la primera vez que el dependiente Cascalho atiende a la señora Reeden. Aíslo el fragmento que nos interesa. Escuchen con atención pues al final se revela un dato fundamental para nuestro propósito: ... por el primero padre holandés reeden por el segundo madre nacional sampaio estatura talle manos del padre cabello ojos cintura de la madre sobre solapa ministro azul como los de hace años espelho reeden sampaio remite de imprenta como los de gente bien...

Espelho Reeden Sampaio, propietaria del Café de La Haya... Sí, mantenga la fotografía del interior. Entre sus costumbres: vestir de blanco con complementos negros, leer la prensa durante las tardes, doblar el diario antes de abandonarlo sobre la mesa a disposición de los clientes. Durante nuestra conversación Espelho Reeden afirmó desconocer a Rúben Cascalho, de cuya persona compuso una difusa imagen cuando le aclaré que se trababa del expendedor de sellos que la atendía en la estafeta próxima al establecimiento. Con amabilidad y firmeza rechazó cualquier trato. Y aunque la extrañaron mis preguntas acerca del dependiente confirmó el dato que Rúben Cascalho mencionaba en sus apuntes: Espelho Reeden, algunas tardes, escribe cartas en el Café de La Haya. A estas altura todos ustedes habrán concluido que una ocupación así no pudo pasarle desapercibida al dependiente Cascalho. Escribir cartas en un espacio ocupado por extraños insinúa una capacidad extraordinaria para convertir la soledad en refugio. Quien repara en esa actividad obtiene por simpatía la concentración de ese mismo acto

íntimo. No es menos prolífica en insinuaciones la indefensión a que se expone quien escribe cartas en público. Conociendo que Rúben Cascalho adoptó la contemplación como método para medir el tiempo, se nos permite suponer que la observación de aquella mujer concentrada en aislarse del mundo mientras escribe otorgaba una excusa ideal para acudir al Café de La Haya. Debemos suponer que en algún momento la señora Reeden pasó de cliente esporádica de la estafeta a motivo central de una curiosidad irresistible. El próximo apunte, dedicado a ella por completo, acaba con una anticipada ocasión para la venta de sellos: *diecinueve y veinte la señora reeden primera taza diecinueve y treinta y dos segunda taza oscurece el mozo enciende las luces papel de escribir franqueo de cero con setenta las dos cartas envio internacional para mañana para la señora reeden*. Atiéndase la siguiente cita, donde la escritura de Espelho Reeden se detiene por un accidente imprevisto: *voces desde la calle un hombre dos mujeres una insulta al hombre de entre el publico dos salen tres a las ventanas deja de escribir hasta que se calman las voces hasta seis y el mozo los de la calle la señora reeden no lo ve vuelve la hoja no lo ve aunque mira por la ventana sin escribir diecisiete y quince de los seis todos entran el mozo recoge los periodicos cuatro*. Mientras el dependiente observaba cuanto sucedía a su alrededor, es fácil suponer que pocos repararon en la presencia de Rúben Cascalho. Atrévase a trasladar a toda la vida del dependiente esa incapacidad para hacerse visible y acertarán. Se equivocarían, no obstante, si considerasen estéril la indiferencia que Rúben Cascalho recibía cuando se mostraba en público. Según comprobé, también el resto de operarios de la estafeta compartía la opinión de que un aspecto de paralizante despiste acompañaba a Rúben Cascalho allá donde fuera. La consulta de la maleta de apuntes, contraria a la opinión de los compañeros, revela que

tras esa posible capacidad para provocar el desinterés de los demás disimulaba una virtuosa disposición para ensimismarse en los pormenores más cercanos. De cuanto acabo de referir nos da prueba el hecho evidente de que conozcamos a Espelho Reeden y los dos espejos del Café de La Haya. Si de las visitas del dependiente al establecimiento regentado por la señora Reeden no cabe duda alguna, tampoco puede negarse que su capacidad de atención se trasladara con él fuera de la estafeta. Por otra parte, una mayoría de personas opina que la gente capaz de elaborar reflexiones profundas no malgasta sus capacidades recopilando observaciones irrelevantes. Ciertamente, dirán todos ustedes. Y en qué me afecta, habría preguntado el dependiente. En nada, aceptemos. Poco le importaban las reflexiones de altura a Rúben Cascalho, que se entregó con exquisita eficacia al entretenimiento inútil de observar para satisfacción única de la memoria. La existencia de su diario, conformado por sellos y apuntes, nos habla con el tono consonante que produce pulsar a la vez la observación y el recuerdo, como si de ambos resultara satisfecha una necesidad conmemorativa. No tengo claro que Rúben Cascalho quisiera para sí un diario donde expresar el presente, más bien lo entiendo queriendo conservar en cada apunte la riqueza del pasado condenada a perderse para siempre. Les ruego que me perdonen si detectan en mi lectura un punto retórico innecesario. Pasemos a tratar un aspecto clave. Les hablaré de las hermanas holandesas de la señora Reeden.

Fieles al orden de hoy conviene ahora cruzar los datos hallados en la maleta de apuntes y los testimonios obtenidos en la estafeta de Glória dos Odres. Seré muy breve. Algunos datos ya fueron expuestos. Por ejemplo, las palabras del dependiente Freitas acerca de la señora Reeden inciden en la forma de vestir: «Claro que la conozco. De blanco. Siempre de blanco. La dueña

del café.» El cartero Antunes confirmó haber clasificado las cartas de la señora Reeden con destino a La Haya, de las que dijo: «Cada cierto tiempo. No sabría decirle. A Holanda las dos cartas.» La auxiliar Neves recordó aspectos ya conocidos y agregó alguno erróneo: «Con la planta y el vestir parecía extranjera. Venía poco. No usaba el buzón de la fachada. Cascalho le recogía las cartas porque iban al extranjero. Para mí que era viuda, a pesar de los trajes claros.» Sumemos a estos comentarios un apunte del dependiente registrado en el reverso de la factura del gas: *graciano coroado y la señora reeden trece y treinta y uno entran el señor coroado cede el turno la señora reeden dos franqueos internacionales emision fauna europea motivo halcon de eleonor el primero emision arquitectura internacional edificio glocke el segundo cero con treinta y seis cada uno se inclina para hablar por los agujeros dieciseis dias que no viene...* Espelho Reeden enviaba, todos los meses, dos cartas con destino La Haya. Rúben Cascalho, al que privilegia la responsabilidad de recoger al público la correspondencia y calcular el franqueo, advierte que las destinatarias de las cartas comparten el apellido de la remitente. Leo la siguiente nota para introducirles en este importante aspecto: *dieciseis y treinta llueve quince mas publico del habitual dieciseis con el mozo diecisiete el responsable dieciocho la señora reeden donde siempre la ventana empañada llueve mira escribe de reeden a reeden y reeden.* En la cita que leeré en breve, Rúben Cascalho repite el desorden de la jornada. Pese a la extensión aconsejo atender a los detalles. Para componerla el dependiente utilizó un comprobante del seguro de decesos. Dice así: *doce y siete el correo de la mañana entra contreiras antunes maldicen fontes que si son horas freitas que de donde viene el transporte del correo que le confundieron la etiqueta que vaya horas contreiras pregunta viana el correo que le confundieron la etiqueta viana*

ordena todos a clasificar todos ya a clasificar ya todos cuando dice todos contreiras que si es hora doce y once la señora reeden entra cadena en lugar de cordon franqueo internacional cero con treinta y cinco emision gastronomia motivo bacalao a bras para la segunda hermana reeden contreiras que no antunes que tarde que es tarde para repartir emision arquitectura nacional motivo estacion de oporto para la tercera hermana reeden doce y veintidos contreiras que no que no nueva la gafa con cadena en lugar de cordon a las doce y treinta el correo sin clasificar maldice antunes contreiras que no que no que no que no.

Al contrario que los héroes homéricos, Rúben Cascalho se probaba en la vida a través de la inacción. El dependiente prefirió la espera a la inercia, el aguante a la prontitud, la paciencia a la anticipación. Siempre escogía el dependiente medir sus capacidades en pruebas de quietud. De la nota recién leída se desprenden tales rasgos. Ustedes han escuchado el tropiezo continuo con que avanza el apunte, tropiezo que deriva del apresuramiento con que el recuerdo dicta al dependiente. Mientras lo escribe, a Rúben Cascalho vuelve a apurarlo la llegada fuera de hora del correo diario y la confusión entre los de la estafeta. La agitación contada encadena consigo la entrada de la señora Reeden. Vamos a lo que nos interesa: el dependiente contabiliza dos franqueos, ambos con destino a las hermanas Reeden de La Haya. Antes de que me pregunten si podemos dar por cierto el parentesco entre las tres mujeres, reproducimos en la pantalla uno de los escasos apuntes que recogen escenas no vividas por el dependiente... Sí. Una de las servilletas. Se transparenta el distintivo del Café. Comprueben que Espelho Reeden tenía dos hermanas. Leo en la servilleta: *desde la izquierda dos cuadros farol de pared papel de flores pasillo hacia puerta baranda ocho escalones en el tercero dos jovenes iguales como espejos en el cuar-*

to la señora reeden sentadas en la alfombra de la escalera difícil de ver las tres las dos de abajo con gafa las dos juntan las cabezas se cogen las manos la de la izquierda a punto de reir la de arriba asoma por detras de las dos iguales cinco cuadros de fotografia uno redondo grande metal con dos personajes pared con papel de flores fin hasta la derecha. La fotografía que acabo de describirles aún puede verse tras la barra del Café de La Haya, junto a la caja registradora, como parte de una colección de imágenes donde se reproducen otras escenas familiares. Rúben Cascalho, tras la apariencia de despiste que comentamos antes, debió de observar la imagen descrita en el apunte, justo alguna vez cuando se acercara hasta la caja. Debió también de penetrar en la fotografía y en los detalles que armaban la estancia, empezando con el recuento de adornos decorativos y terminando en el examen riguroso de las mujeres retratadas. Por último, aisló dicha imagen de la colección de retratos después de haber hallado una de esas excusas con que las coincidencias de la vida tanto le tentaban. Del anterior apunte, vuelvo a leerles la parte más relevante: *... ocho escalones en el tercero dos jovenes iguales como espejos...* Como acaban de saber, las hermanas de Espelho Reeden compartían un rasgo que extremaba su condición fraterna: las Reeden de La Haya son gemelas. A la vista de la fotografía descrita en el apunte, comparar la semejanza de los tres rostros y deducir el sentido de la semejanza no pudo sino ofrecerse al dependiente Cascalho como una consecuencia evidente. Y debemos considerar un hecho natural que Rúben Cascalho se diera al placer de ejercitarse en esa comparación. Otras fotografías del Café de La Haya merecieron el interés del dependiente, como el primer apunte que leí en la jornada de hoy, pero la de la escalera encarnaba en una imagen los destinos de las cartas que la señora Reeden enviaba a La Haya. Superponer la similitud de apellidos

y la de rostros y encontrar la coincidencia que los reunía completó el ejercicio de la observación con un premio inesperado. Por favor, no pierdan atención a lo que sigue.

¿A quién dedicó Rúben Cascalho el sello *espejos uno aqui dos en la haya*? ¿Conmemoraba la relación que halló entre las hermanas Reeden? Aludir al exacto parecido de las gemelas de La Haya mediante el símbolo especular no deslumbra precisamente por su originalidad. Y de artificial y forzada podría tomarse la idea de incorporar a la estampilla el primer espejo del título, aquel que quiere recordar la persona de Espelho Reeden. Hasta podríamos calificarlo de inocente entretenimiento del dependiente si el sello dedicado a los espejos-mujeres no conmemorara en realidad una ingrata desavenencia. En este momento les desvelo que las cartas que Espelho Reeden escribe a sus hermanas de La Haya nunca eran contestadas. Permítanme un receso.

Hace un rato se habló del aspecto físico de Rúben Cascalho. En la jornada inaugural argumenté que mi exposición evitará mostrarles imagen alguna del dependiente, pasada o actual, pues como ustedes saben Rúben Cascalho vive en el asilo geriátrico Serva Amanhecer la etapa más radical y erosionante del mal de Alzheimer. Sin embargo, el momento al que ha llegado el estudio solicita un comentario para el que recupero afirmaciones involuntarias tomadas a vuela pluma de mis conversaciones con los compañeros de trabajo en la estafeta de Glória dos Odres. Les resumo: durante su etapa en el Correio Nacional, Rúben Cascalho ya trasladaba consigo la fisonomía de los personajes desvalidos. En favor del dependiente cuenta que el retraimiento de su voz y la manera deprimida con que solía manifestarse disimulaban la adhesión que en él siempre despertó la desgracia ajena. En ese sentido, no cabría esperar la virtud de la solidaridad en alguien que se pone en aviso ante la sola proximidad de

otra persona. Respecto a la personalidad del dependiente mantendré ante ustedes el siguiente parecer: Rúben Cascalho compensaba su indefensión natural observando con un cuidado ejemplar la desventura que afligía a los demás. Antecedentes de esta naturaleza nos disponen para aceptar que la historia de Espelho Reeden reclamara uno de los sellos de Rúben Cascalho. La producción filatélica del dependiente lo reprodujo con síntesis y concreción adecuadas al formato. Expongo de nuevo que las cartas dirigidas a La Haya no se compensaban con una respuesta. Descubrir por qué razones las destinatarias rechazaban la correspondencia de la hermana excede nuestra responsabilidad. Tampoco merece nuestro tiempo uno de esos distanciamientos que a menudo oscurecen las relaciones familiares. Opto por dedicar el interés que amablemente me conceden a indagar en los recuerdos del propio Rúben Cascalho. Déjenme que les inste a proyectarse en la mente el Café de La Haya. ¿Podemos repetir la imagen del interior?... Gracias.

Ubiquen en las mesas del fondo, junto a la esquina de espejos, al dependiente Cascalho mientras apura la taza. Imaginen en la escena el magnetismo que, unas mesas más acá, emana de una mujer que deliberadamente escribe cartas en vano. La maleta de apuntes contiene frecuentes recordatorios de pasajes donde aparece Espelho Reeden. En la mayor parte de ellos, entre horarios y franqueos, no faltan concreciones ociosas en directa alusión a ella. En todo el diario de Rúben Cascalho he encontrado citados, por ejemplo, la costumbre de usar la mano izquierda, el susto tras un estruendo en la calle, la apuesta entre Freitas y Contreiras por la edad de la mujer, la altura de esta comparada con el mueble del apartado postal, el día que vistió de rojo y otros accidentes que Rúben Cascalho anotó en su diario. En algún momento el dependiente escribe también sobre el destino de las cartas y la condi-

ción de hermanas de las destinatarias. Tras un recorte de la circular del Correio Nacional, Rúben Cascallo confirma que Espelho Reeden nunca recibe contestación desde La Haya. Por favor, escuchen: *contreiras que no fontes que no antunes que tam-poco freitas que no recuerda apuntar llegadas desde la haya contreiras cubre la direccion que no desde la haya ninguna entrega que no.* Y en uno de sus frecuentes recuentos el dependiente da por segura la posibilidad de que la señora Reeden no compense sus envíos. Primero un fragmento: *... doce de diciembre cartas de navidad suman once por dos veintidos cuatro mas que el año pasado sin responder...* La cita completa da una idea perfecta del interés que el dependiente Cascallo dejó crecer en él: *mañana doce de diciembre hoy once lluvia en la calle vabo en los vidrios humo de cigarros alguna voz quince en el cafe cinco en la misma mesa mas alta la radio no le impide escribir mañana doce de diciembre cartas de navidad suman once por dos veintidos cuatro mas que el año pasado sin responder de la foto tres hermanas dos en holanda mas frio mas lejos cuatro cartas mas que el año anterior.*

A punto de concluir, no me niego a defender que el sello *espejos uno aqui dos en la haya* deriva del más feliz provecho con que se premia todo buen observador: la comparación. El título del sello contrae la realidad de Espelho Reeden en un simple *aqui* cuya distancia ningún otro adverbio es capaz de aproximar más. En comparación, las dos gemelas Reeden se describen por la distancia que La Haya dista de la primera hermana. En esta técnica ustedes deben distinguir entre la superficie de la comparación y la profundidad que la sustenta. Les ayudará comprobar que el sello de los espejos y su juego de rostros enfrentados no aspira a referir el detalle lamentable de las cartas sin contestación y el consecuente desacuerdo familiar. Añado que ningún apunte de la maleta conserva pregunta alguna que Rúben Cascallo se

hiciera sobre el desprecio con que las gemelas de La Haya reciben las cartas de Espelho Reeden. Más profunda, más íntima y personal nos cabe entender, se agita la motivación del dependiente Cascalho cuando recurre a la idea de los espejos para ingeniar su sello. Los términos de la comparación retornan a la estafeta de Glória dos Odres. La desavenencia que afectaba a las hermanas Reeden nunca adquirió valor de causa ni desenlace en la historia del sello. A Rúben Cascalho no atrae la falta de contestación sino el acto pertinaz y metódico de escribir cartas inútiles. La comparación quizá surgiera de modo tan natural como irresistible. Rúben Cascalho, sostengo, percibió un reflejo de la voluntad propia en la voluntad de quien escribía a pesar de conocer con anticipación que su mensaje nunca obtendría respuesta. Sin alejarme del asunto que nos reúne me atrevo a lanzarles esta sentencia: una comparación acertada, aunque breve, supera toda descripción precisada de mil palabras. La brevedad sobre la que descansa el título del sello, *espejos uno aquí dos en la haya*, extiende su secreta amplitud cuando descubrimos la comparación que entraña. Se trata de un reflejo, de una imagen gemela lo que Rúben Cascalho vio en Espelho Reeden. El título del sello alude a la propietaria del Café de La Haya como la propia imagen del dependiente. La insistencia de ambos en escribir para nadie insinuó a Rúben Cascalho una simetría perfecta, si me permiten el adjetivo. Durante la comparación entre sus dos vidas, por tanto, se anularon las diferencias que hubieran negado la posibilidad de hermanar el destino de sus inútiles propósitos.

En ocasiones he intentado convencerles de que Rúben Cascalho jamás escribió para un posible lector. Dedicarse a apuntar historias desprovistas de valor puede parecer que confiere al trabajo de escribir una estupidez magistral. Ocurre, no obstante, que para el dependiente Cascalho la realidad de lo

inútil superaba en interés a la realidad de lo trascendente. ¿Se trata de un caso único? Puede que no. Jamás podremos leer una sola de las cartas enviadas a La Haya, pero esa excusa no me impedirá aventurarme a decir que también el empeño de Espelho Reeden, aunque vano en apariencia, cumplía el mismo propósito que Rúben Cascalho dio a sus apuntes: contarse uno mismo la propia vida. A este placer siempre lo amenaza la posibilidad de utilizar un lenguaje comprensible por un solo individuo, alguien incapaz de escribir sobre otra cosa que no fueran los acontecimientos interiores de la propia mente. Poco importa dicha incapacidad en el caso de Espelho Reeden y Rúben Cascalho. Ambos se consuelan con el mérito de la puntualidad en el momento de escribir y la libertad del estilo con que nacen los párrafos destinados a no ser leídos.

Con este último comentario cierro mi exposición. Lamento que esta tarde apenas quede tiempo para la charla de otros días. Con el permiso de todos ustedes deseo despedir a don Celso Magalhães y al doctor Benevides, a quien de nuevo agradezco que confiara a la Fundação Epístola e Filatelia el conocimiento del diario y de la colección filatélica de Rúben Cascalho. Leo para todos el último apunte de mi exposición: *once y veintitres nieva freitas sale a ver nevar que esta cuajando que va a por la sal frota las manos enciende las luces a contreiras que se abrigue que menudo dia sale once y veintiocho el señor quintas de consultores quaresma once y veintiocho entra al mostrador de freitas a recoger paqueteria de la capital que si no han visto los nuevos cuadernos ciento sesenta hojas cuadricula de cinco por cinco para freitas rayado de a ocho para mi con el membrete de consultores quaresma de regalo para escribir y guardar.*

ciento quince

El más célebre de los sellos del dependiente Cascalho. Mientras pasábamos, la señora de la primera fila me ha preguntado a quién pertenece. El sello *ciento quince* se exhibe en la sala dedicada a las falsificaciones filatélicas del Museu Postal y pertenece a la Fundação Epístola e Filatelia, que lo rescató del expediente donde lo guardaba el Correio Nacional. Para la preparación de nuestro estudio se me permitió leer dicho documento. En él los inspectores del Correio Nacional certificaban la falsedad del sello, obvia por otra parte, y las circunstancias que permitieron su detección. También identificaron el origen del envío desde el asilo geriátrico Serva Amanhecer y añadieron la declaración del doctor Benevides acerca de la correspondencia retenida al paciente Rúben Cascalho. La imagen de la pantalla muestra el fragmento de boleto adherido al sobre que el dependiente utilizó, de los que había a disposición de los internos en el centro geriátrico. Los más próximos a la pantalla leerán la fecha en el matasellos. El dato es útil. Tres años, aproximadamente, distan entre el día del sorteo y el de franqueo del boleto como sello. Tendrán una mayor precisión

sobre ese intervalo de tiempo cuando hablemos de la muerte del cartero Contreiras.

La Fundação Epístola e Filatelia ha creído oportuno dedicar al sello *ciento quince* una de las jornadas del ciclo *Arte postal y falsa filatelia*. Por una parte, si bien no podemos hablar de falsificación en el sentido estricto del término, el sello representa una variante filatélica irregular que, aun sin llegar a su destino, se utilizó en un servicio de correspondencia oficial. Y lo que es más importante para la Fundação, el sello *ciento quince* carece del dibujo directo de Rúben Cascalho y no debe considerarse obra de autor, pero las circunstancias por las que el dependiente ideó franquear el recorte de boleto premiado levantaron la atención pública que después permitió conocer su colección filatélica completa. Si aguardan un momento documentaré las circunstancias a las que acabo de referirme. Ya se expuso en alguna jornada anterior que ninguno de nosotros conocería la colección de sellos del dependiente Cascalho de no haber sido por el ejemplar al que todos titulan *ciento quince*, detectado por el control de tráfico del Correio Nacional en pleno trayecto hacia la Oficina Nacional de Assessoria Social, la dirección de destino que el dependiente escogió para remitir el sello del boleto. La posterior intervención de la prensa, a partir de la noticia recogida en publicaciones provinciales, resultó igualmente decisiva. Por favor, la imagen de los recortes de prensa... Gracias.

Los medios de comunicación se interesaron por el sello *ciento quince* tras descubrirse que pertenecía al boleto veinticuatro mil ciento quince, serie hache uve, ganador del premio especial en la edición final de los «miércoles de azar», cuyo cantidad en sorteo multiplicaba por diez el de las semanas habituales. Les recuerdo que aquel sorteo coincidía con la última celebración de la popular apuesta vespertina de los miércoles, antes que la Casa

Nacional de Lotería la sustituyera por la actual edición del sábado por la mañana. Como ustedes saben de sobra, el beneficiario del boleto ganador nunca apareció. El premio, pese a la cuantía, no fue entregado, para asombro de la opinión pública. Tres años después la anécdota sobre el dependiente retirado del Correo Nacional que utilizó en su carta un recorte de boleto a modo de sello acabó en destacada noticia cuando la redacción de la revista Cronos descubrió la particularidad del recorte adherido al sobre. Los medios de comunicación recuperaron la noticia del célebre sorteo en cuanto se comprobó la coincidencia entre el boleto premiado y el recorte del sello, lo que permitió poner nombre y rostro al beneficiario del antiguo premio sin cobrar. Desde el principio aclaro que la enfermedad que hoy padece el dependiente no fue la causa de que Rúben Cascalho despreciara el cuantioso premio. Es cierto que la enfermedad de Alzheimer pudo gestarse cuando todavía operaba en la estafeta, y acaso asomar en forma de ligeros olvidos; pero una manifestación severa de ella solo se produjo una vez en el asilo geriátrico Serva Amanhecer. Si se preguntan qué llevó al dependiente Cascalho a rechazar el premio obtenido, en el momento preciso me extenderé detallando para ustedes la siguiente explicación: Rúben Cascalho no reclamó el premio especial de los «miércoles de azar» porque lo despreciara; en realidad, nunca supo que lo había ganado. Cambiamos a la imagen ampliada del sello. Si están de acuerdo, continuamos.

Coincidencias. Ninguna energía supera a las coincidencias en la conformación de ocasiones y argumentos. Realidad y ficción cimentan sobre ellas la misma posibilidad creadora de tramas. No quiero parecer artificial si digo que Rúben Cascalho persiguió las coincidencias con la elegante y silenciosa parsimonia del cazador de mariposas. A aquellas coincidencias que quedaban

en su red, todas compuestas por números, las trataba como especies de irresistible atractivo entre la monocromía del mundo, se demoraba en ellas con la misma concentrada expectación con que el resto de los seres humanos paralizamos la actividad de nuestra conciencia cuando revisamos las cifras que inundan el contrato de la hipoteca. Que las decisiones de la vida colaboraran para oponerse a la voluntad de Rúben Cascalho fue una suma de coincidencias. Una simultánea participación de avatares impidió que el destino otorgara al dependiente el más querido de sus deseos: pasar por la vida como un desconocido. A estas alturas no hará falta explicar que el dependiente Cascalho prefería el anonimato. La maleta de apuntes corrobora que en vida aceptó con comodidad pertenecer a la especie humana intermedia, la que ocupa el ancho caudal de existencias ignoradas para siempre. A pesar de disponerse a desaparecer entre esa mayoría, como todos ustedes conocen, el dependiente Cascalho ha obtenido fama y atención públicas. Nada tienen que ver en ese logro los sellos y las anotaciones diarias de Rúben Cascalho, que nacían para ser enterrados en la maleta de apuntes. Escribir y guardar lo escrito en el fondo del cajón acaba siendo el destino de casi todos los diarios. Las coincidencias, como les decía, las coincidencias en torno al número veinticuatro mil ciento quince impidieron que la vida del dependiente quedara limitada, iba a decir a las páginas pero me parece excesivo, quedara limitada a la expresión silenciosa de un diario más. Agradezco a los presentes haber resistido, con el silencio y el interés demostrados, la extensa introducción que acaban de escuchar. Prometo centrarme en el sello de hoy cuanto antes.

Como en ocasiones precedentes, una cifra ocupará la jornada. El sello que muestra la pantalla se compone de un número incompleto. Iniciaré mi exposición señalando en este inusual ejemplar

filatélico una doble circunstancia. En primer lugar, el número ciento quince identifica la ubicación de una sepultura, la del compañero Lúcio Contreiras. Les leo un fragmento: ... *ciento quince familia de contreiras vilhena el primer difunto lucio contreiras zagalo pendiente de grabar las letras...* Diferentes lectores de la maleta de apuntes coinciden en similares conclusiones: la apariencia práctica de las anotaciones recogidas en el diario de Rúben Cascalho tiene un origen involuntario. A la hora de anotarse los recuerdos, la redacción se limitaba a ejercer un fiel recuento de los fragmentos que conformaron la realidad vivida. También es obvio que al dependiente nunca le preocupó facilitar la lectura de sus apuntes mediante una narración mejor puntuada. A pesar de ello, Rúben Cascalho contradice esa idea radical que niega a los espíritus prácticos la capacidad de acoger los grados superiores de la sensibilidad. Sobre el fragmento recién leído, puede que el estilo contable del dependiente Cascalho no transmita la emoción en que vivía el autor cuando fue escrito, pero la idea de fabricar un ejemplar filatélico a partir del número indicativo de la sepultura del cartero Contreiras indica una de esas tribulaciones solapadas por la incapacidad de expresar el sentimiento que, nos tememos, afectó a Rúben Cascalho más de cuanto la maleta de apuntes es capaz de manifestar. Los asistentes deben tener en cuenta que entre las fechas de la muerte Lúcio Contreiras y la adquisición del boleto con el número de su sepultura distan veintiocho meses, como comprobarán en un apunte que leeré más tarde. Este plazo nos invita a pensar en el largo tiempo que Rúben Cascalho podía conservar sus recuerdos si una cifra mediaba en los acontecimientos. Hablaremos sobre todo esto cuando nos preguntemos qué ánimo impulsó la creación del sello del boleto.

Ahora cito una parte más extensa del último apunte: ... *ciento catorce familia pinto carvalho un difunto letras en la piedra*

*florero de laton y cruz ciento quince familia de contreiras vilhena el primer difunto lucio contreiras zagalo pendiente de grabar las letras ciento dieciseis familia de almeida berrelha tres difuntos letras de metal con cruz sin flores cuatro difuntos por sepultura placas de ceramica blanca con filete y numero azul en todas... Dije que al sello ciento quince lo distinguen dos circunstancias. Al exponer la segunda de ellas no haré sino repetir lo que nadie ignora. Esperen a que la pantalla vuelva a encenderse... Gracias. Estamos ante el único ejemplar de toda la colección filatélica que recurre a un motivo ya impreso. El hábito de escribir sobre papeles usados se traslada a la fábrica de este nuevo ejemplar, para el que Rúben Cascalho utilizó un boleto de lotería idéntico a cualquiera de los que ustedes habrán adquirido alguna vez en la vida. El sello muestra parte de la cenefa clásica característica de la Casa Nacional de Loteria, a pocos milímetros de los márgenes, y la urdimbre gráfica donde se colocan los números en juego y las letras de la serie, hache y uve, como ven. De las cinco que entraban en sorteo, mediante su característico trepado de alfileres el dependiente apartó las tres últimas cifras, coincidentes con el número de la placa de cerámica blanca que señalaba la sepultura del cartero Contreiras. Conocer la causa que provoca el sello se solventó al entresacar datos precisos de la maleta de apuntes y cruzarlos con el testimonio de los empleados en la estafeta. A propósito de mis últimos comentarios aprovecho para destacar que no son escasas en el diario de Rúben Cascalho las redacciones anotadas en boletos pertenecientes a los «miércoles de azar», que gracias al tamaño y a la consistencia del papel debieron de ofrecer una superficie ideal para las breves rememoraciones del dependiente. Pues disponemos de tiempo leeré algunos ejemplos, todos en el reverso de diferentes boletos: *diecisiete y veintidos consulta del doctor morais tres pacientes en la**

sala de espera todas señoras un niño en el regazo de la mas joven las otras dos leen el niño duerme diecisiete y veintiuno entra diecisiete y treinta y ocho entra diecisiete y cuarenta y siete entra dieciocho y once entro. Ahora una incidencia en la estafeta, asunto habitual en la maleta de apuntes: la tercera vez en la semana freitas que no el señor castilho que no firma freitas que no se permite el señor castilho que no firma si no le consiente abrir el paquete freitas al director viana que no esta permitido si el destinatario no firma el libro de entradas viana al señor castilho que usted puede devolverlo si lo desea pero abrirlo no y al final que donde firmo aqui dice freitas. Un tercer apunte. Quizá les cueste traducir el sentido de la redacción: viene de nada corta tres veces y va neves que lo devuelva la proxima vez que venga el del deposito grita antunes desde dentro que lo avise ayer que ya ya que lo avise ayer neves que siempre pasa lo mismo. Adrede he dejado para el final el siguiente apunte: fontes mejor no mirarlo viana que mientras falte contreiras y van tres dias freitas ni mira fontes que tres dias sin contreiras que que esta haciendo neves once y veinte a fontes y antunes se les acumula el reparto de hoy freitas que un poco de calma y van tres dias con contreiras en el hospital.

Lúcio Contreiras Zagalo oficiaba de cartero en la estafeta de Glória dos Odres. Si estuvieron atentos a la lectura de las jornadas anteriores, en diversos apuntes escucharían el nombre de Contreiras, aislado o junto con otros integrantes de la estafeta. Que los compañeros de trabajo sean los personajes más frecuentes en el diario de Rúben Cascalho no merece explicación. Tampoco considero necesario justificar que les dedicara alguna de sus estampillas. Bastaba que la convivencia con los miembros de la estafeta produjera un suceso capaz de motivarlo. La muerte del cartero Contreiras fue uno de esos acontecimientos determinantes. Rúben Cascalho conformó en torno a su persona un

minúsculo reducto donde apenas cabían él, la memoria y la costumbre. Hasta que perdió la memoria el dependiente dispuso del pasado, cuya pertenencia se esforzó por conservar con la misma ansiedad instintiva con que todo ser vivo evita una mutilación. En la costumbre, como en cualquier maquinaria para medir el tiempo, transcurría el presente de Rúben Cascalho. Siendo parte de aquella costumbre estrecha y regulada actuaban los personajes más cercanos, es decir, los miembros de la estafeta de Glória dos Odres. Aprovecho su silencio un rato más y añadido que perturbar la costumbre encendía en el dependiente la intensidad anómala de un sentimiento, sin que precisemos concretar de qué índole. Para aliviarse, lo habitual era que Rúben Cascalho redactara un apunte durante alguna de las soledades posteriores al desempeño laboral. Las perturbaciones mayores, aquellas que mudaban la rutina en emoción, podían llevarlo a expresarse con mayor intensidad y, en consecuencia, determinar la idea final de fabricar un sello. Si en alguna parte de este proceso emergía un número, la emisión filatélica era segura. De aquí el sello *ciento quince*, que conmemora la muerte de Contreiras mediante el número de su sepultura. Ahora que hemos vuelto a mencionar al cartero Contreiras, con el permiso de los asistentes detendré la exposición para resumir las funciones repartidas en la estafeta de Glória dos Odres. Nos sobra con un conciso listado. Viana: representación y dirección. Cascalho: franqueo de correspondencia y venta de sellos. Freitas: control de paquetería. Neves: clasificación y labores auxiliares. Fontes, Antunes y Contreiras: clasificación y reparto. Siete personas en total. Obligada a exceder el ámbito profesional, mi exposición aísla la siguiente peculiaridad del difunto Contreiras: todos los miércoles el cartero juega a la lotería. Por los apuntes y testimonios que referiré en breve sabemos que esta costumbre beneficiaba a

Rúben Cascalho. Una vez que Contreiras comprueba su mala suerte, el dependiente le solicita el boleto sin premio. Aunque la maleta de apuntes prueba que Contreiras abastecía a Rúben Cascalho de estas clase de papeles, el testimonio de los de la estafeta ayuda a conocer con más detalle la afición de Contreiras. Por ejemplo, el dependiente Freitas concretó cuándo y dónde adquiriría los boletos: «El miércoles por la mañana, a primera hora. El quiosco queda a la vuelta. Contreiras venía por Doctor Farinha Gameiro, así que le pillaba de camino.» La auxiliar Neves confesó haber compartido alguna vez el gusto por el juego: «Pero me faltaba la afición de Contreiras. Todas las semanas, sin faltar. Era su ilusión. Si no toca hay que mantener la ilusión. Porque siempre se espera que toque. En fin, Contreiras no lo vio. Quién sabe...» Lo indicado por el director Viana nos introduce en la enfermedad del cartero: «A primera hora me solicitaba el periódico de los jueves. Tras comprobar el boleto sacudía la cabeza. Siempre lo mismo: la semana que viene... Supongo que en el hospital dejó de jugar.» Rúben Cascalho ratifica la suposición del director Viana en una de sus notas. Escuchen el fragmento: ... *cinco semanas uno nueve siete siete tres el ultimo que jugo contreiras...* La curiosidad me instó a comprobar si la maleta de apuntes guardaba el boleto con el número indicado. Tenemos una imagen... Véanlo en la pantalla: *olga peseiro mas temprano que nunca entra que se va a casa de los hijos que le duele la cadera que no puede mas emision arquitectura nacional motivo del ponte de petrogelo franqueo de cero con dieciocho que no vendra hasta pasado el verano se despide la señora peseiro hasta pasado el verano que no vendra nueve y doce sale.*

Durante la enfermedad de Contreiras es fácil imaginar la preocupación general que abate a los compañeros de la estafeta. Por su parte Rúben Cascalho vuelca en la maleta de apuntes

diversos episodios relacionados con la enfermedad y muerte del cartero cuya objetividad, apta para aceptar la comprobación pero inútil para trasladar el sentimiento, enfría el recuerdo que afecta a quien escribe: *nueve y nueve viana desde el despacho a freitas que pase sale y que pase antunes sale y que pase neves sale y que pase cascalho paso al despacho de viana que ha llamado la señora de contreiras esta noche que contreiras ha muerto esta noche pregunto si sabe la hora que sobre las dos de la madrugada su señora estaba con el tambien sus hijos desde ayer que lo entierran mañana que a que hora que a las cinco en punto. Mientras Contreiras convalece en el hospital, Rúben Cascalho lo frecuenta. A los apuntes que recogen esas visitas introduce la misma locución: *cuarta planta sala de digestivo habitacion cuatrocientos treinta y uno...* Y siguen la hora de llegada y la situación que el dependiente quiere recordar. Por ejemplo: *.. diecisiete y cincuenta contreiras toma la merienda la señora de contreiras destapa el yogur dos madalenas contreiras pellizca la primera no quiere el yogur que se siente bien pero que no tiene apetito que no pasa malas noches que gracias por la visita va al baño se tiende en la cama que esta mejor asi pues a mejorarse dieciseis y nueve no parece mejor. En uno de los apuntes centran el recuerdo los boletos de lotería: *cuarta planta sala de digestivo habitacion cuatrocientos treinta y uno diecisiete y veintidos la señora de contreiras que tiene que llamar sale contreiras duerme porque ha pasado mala noche despierta cuando la señora de contreiras que que dia es que es miercoles que hoy es dia de loteria que que casualidad no puede pero se rie la mujer de contreiras me ofrece las papeletas del menu diario que si que si que las guarda desde el ingreso que para que tirarlas siete papeletas de menu hoy consume primero tortilla segundo que a la tortilla faltaba un poco de sal diecisiete y cuarenta y ocho mejor animo que la visita de hace tres dias.***

Si leyéramos al completo la maleta de apuntes, comprobaríamos que las notas de Rúben Cascalho no se arriesgan a exponer las emociones del autor. En contadas ocasiones protagoniza un apunte. Aquella invisibilidad donde el dependiente ocultaba su presencia a los demás organizó la discreción con que redactar las anotaciones diarias. En algún momento reflexioné en voz alta que el diario del dependiente adquiere más sentido por la precisión de los recuerdos, que por la emoción recogida en ellos. Rúben Cascalho tampoco se dotó de otra variante para escribir. En su mayoría obedientes a la única fórmula de redacción, son muy escasas las notas donde el autor incumple el carácter anónimo de la memoria y consiente que afloren evocaciones acerca de la propia persona. En el siguiente ejemplo los asistentes apreciarán un descuido. Atiendan cómo Rúben Cascalho busca resguardo con el propósito de ocultar el desánimo: *veinte en punto sala cuatro be la viuda de negro en el fondo pañuelo blanco en la mano da la mano el hijo con la misma calvicie de contreiras de negro da la mano la hija esconde la cara mas joven ropa negra pelo negro da la mano miro por el cristal no parece contreiras quinze hombres veintitres mujeres tres cuadros de paisaje uno en el ropero dos mesitas no se donde ponerme no conozco a nadie aparece antunes doy la mano que por fin ya descansa que no nos pase que no nos pase negra la corbata.*

Por el uso que el dependiente Cascalho hizo de ellos, podríamos clasificar los números en universales y privados. Los primeros, válidos para quienes miden las extensiones de lo real, nunca interesaron al dependiente. Al contrario, según deduzco de su diario Rúben Cascalho privatizaba los números mientras consideraba ajena la realidad del mundo. La reiterada escritura de horas exactas, pesos en gramos, tasas con valor decimal y otras precisas cantidades ayudaba al orden de la memoria tanto como

al alivio del autor, para quien lo extraño siempre vagaba entre los espacios que los números no conseguían ceñir. En consecuencia y de forma inesperada, la maleta de apuntes suscita durante la lectura un efecto opuesto al pretendido por todo escritor de diarios. Me refiero a que la precisión de las cifras anotadas actúa como una suerte de ácido verbal, si me resisten la metáfora, pues tan exacto registro de los acontecimientos personales acaba disolviendo la realidad vivida por el dependiente. Podríamos apreciar el efecto aunque leyéramos sin el propósito de fabricar un posterior comentario. A todo aquel que estudia el diario de Rúben Cascalho le desaparece poco a poco el carácter verídico que debería aportar la descripción de personas, objetos, momentos, escenarios o acciones, y al cabo los números, por sí solos, consolidan una existencia abstracta pero más fiable que la realidad contada. Y cuando digo más fiable añadan ustedes también más segura, como si al dependiente Cascalho le inspirara más confianza una raíz cuadrada, que una conversación. Bien pensado, quizá no le faltaran razones. Entre recordar la hora exacta de los sucesos o los sentimientos que provocó lo sucedido, puede que en el futuro la memoria de uno prefiera lo primero. Disculpen esta última reflexión, que no ha sumado valor alguno a su amable interés. Mi ayudante proyectará en la pantalla el próximo apunte.

Me gustaría que prestaran atención a la imagen. El apunte les ayudará a conocer mejor el sello *ciento quince*. Estamos a punto de saber de qué modo el boleto con los números de lotería similares a la sepultura del cartero Contreiras llegó a manos del dependiente. El apunte se escribió tras un formulario de certificación postal en desuso. Desentrañar su significado, y de otro parecido que luego escucharán, exigió un atento ejercicio de comparación. Lo más interesante llega al final: *tres dos dos cuatro*

nueve uno cero siete ocho cero cinco cinco tres nueve cuatro uno tres cuatro cero uno dos cuatro uno uno cinco cero siete dos cero ocho el quinto por arriba. Entre la compra del boleto veinticuatro mil ciento quince y la muerte de Contreiras median veintiocho meses, como ya dije. Durante este tiempo, Rúben Cascalho conservaba en la memoria el número identificativo de la sepultura que acogió al difunto cartero. El dependiente no conocía otra forma de recordar. Organizó la memoria como un repositorio de cajones rotulados con una cifra en el casillero frontal. Aclaro que el apunte anterior hilvanaba una superposición de boletos de lotería. Les señalo el número veinticuatro mil ciento quince... ¿Lo ven? Aun a riesgo de equivocarme considero muy probable que el dependiente acostumbrara a detenerse junto al quiosco de la calle Doctor Farinha Gameiro con el propósito de observar los números de lotería expuestos. Esta forma de ocupar el tiempo conviviría con la contemplación desinteresada de los escaparates comerciales, hábito al que Rúben Cascalho gustaba entregarse ocasionalmente. Acudo a un comentario de la auxiliar Neves: «Lo veía plantado delante de los escaparates de Viajes Nascimento. Con las manos a la espalda, como solía. Inclínaba la cabeza y pasaba el rato mirando las fotos de los catálogos, pensando si ir de turismo.» Pese al comentario de la auxiliar Neves, ninguna nota de Rúben Cascalho menciona el deseo o el recuerdo de un posible viaje. Por cuanto nos dice la maleta de apuntes, tampoco parece difícil probar que Rúben Cascalho ni participaba en juegos de azar ni lo tentaban las apuestas. Ustedes habrán comprobado en persona que la contemplación detenida de los escaparates comerciales satisface el deseo de adquirir objetos o ideas, apoyar decisiones o ejercitar la comparación. Lejos de estos propósitos, sostengo que el dependiente Cascalho buscaba coincidencias debidas a los números. El apunte que

todavía muestra la pantalla indica la disposición con que los quioscos acostumbran a presentar los boletos de lotería, a la vista de los paseantes y uno encima del otro exhibiendo sus cinco cifras. Aunque no lo exprese, la necesidad de redactarlo es prueba de haber descubierto la coincidencia entre los números de la sepultura y el boleto. En un primer momento Rúben Cascalho no siente el impulso de comprarlo; solo lo entretiene la coincidencia. Compruébenlo en la siguiente nota: *tres dos dos cuatro nueve cero dos siete siete uno cuatro nueve dos cuatro cuatro seis tres cuatro cero uno dos cuatro uno uno cinco cero siete dos cero ocho tres nuevos desde ayer y sigue quinto por arriba*. El apunte recoge la atención prestada al quiosco en una segunda ocasión. La tercera vez que el dependiente Cascalho registre el número veinticuatro mil ciento quince confesará que lo ha adquirido. El apunte, escrito tras el prospecto de un jarabe, no refiere si la voluntad de comprar el boleto de lotería y el plan para convertirlo en un futuro sello han nacido a la vez: *dos cuatro uno uno cinco serie hache uve uno con veinte impuesto de cero diecisiete tan caros no sabia*. ¿Podría recupera la imagen del sobre? Por favor...

El matasellos mancha la parte inferior del sello sin interrumpir la lectura del número. Antes de que lo pregunten les diré que encontré en la maleta de apuntes los fragmentos restantes. Con la adquisición del boleto, Rúben Cascalho apuntó a la suerte con pleno acierto. La coincidencia entre los números de la sepultura de Contreiras y el boleto premiado en el sorteo especial de los «miércoles de azar» fue más exacta de lo que ustedes saben hasta ahora. Para demostrarlo acudo de nuevo al primer apunte de la jornada, ahora leído de principio a fin: *dieciocho y quince detras del feretro treinta y cuatro la mitad que en la iglesia viana freitas neves antunes que se marcha porque tiene a su mujer en cama fontes no viene que no le gustan los cementerios distrito dos*

pasillo cuatro solo tres sepulturas ciento catorce familia pinto carvalhal un difunto letras en la piedra florero de laton y cruz ciento quince familia de contreiras vilhena el primer difunto lucio contreiras zagalo pendiente de grabar las letras ciento dieciseis familia de almeida berrelha tres difuntos letras de metal con cruz sin flores cuatro difuntos por sepultura placas de ceramica blanca con filete y numero azul en todas la de contreiras cuatro coronas y un centro de diez rosas la corona de la estafeta mayor que las demas.

Cuanto más sepan del sello dedicado a la muerte del cartero Contreiras, más cautela les aconsejo a la hora de valorar la relación entre los miembros de la estafeta y el dependiente Cascalho. Por mi parte evitaré el término convivencia. A estas alturas del ciclo, en la penúltima sesión, los asistentes habrán concluido por su cuenta que el trato con Rúben Cascalho debía ajustarse a los márgenes que toleraba la personalidad del dependiente. Si evito hablarles de convivencia se debe a que en esta se supone un reparto equitativo de donaciones y pretensiones vitales. Dudo que este tuviera lugar en la estafeta. Sobre la relación entre los compañeros de trabajo y el dependiente Cascalho conviene más expresarse en términos de esquivia familiaridad. Conforme avanzaban mis entrevistas con los miembros de la estafeta de Glória dos Odres aparecía la idea de que allí tomaban a Rúben Cascalho como a ese pariente al que nadie propone un encuentro, alguien al que nos une un vínculo de sangre pero a quien más que a nadie consideramos un extraño. Y si todos en la estafeta vieron la presencia de Rúben Cascalho como una compañía a la que resultaba difícil admitir, con menor éxito se acostumbraron a la aritmética de su conversación o a la perplejidad que despertaban muchas de sus costumbres. En representación del sentir común de la estafeta, traigo las palabras del director Viana: «De vez en cuando se portaba de modo egoísta. No deseo ofender. No es esa

la palabra. Cascalho ha sido un ejemplo de eficacia y cortesía. Me refiero a que actuaba con cierta... independencia. No, tampoco es la palabra. Ya ve, tantos años de servicio juntos y no sabría definirlo. En lo tocante a esta dirección nunca ocasionó un solo problema, aunque hubo ocasiones... Le diré algo. Cascalho andaba sin hacer ruido. Cuando menos lo esperabas estaba al lado. Y no sabías el tiempo que llevaba ahí, mirando sin decir nada.»

Con toda razón ustedes exigirán que contraste mis últimos comentarios. Por desgracia la maleta de apuntes ni rechaza ni confirma el sentimiento distante y cauteloso que percibí entre los miembros de la estafeta de Glória dos Odres. En diversas ocasiones he expuesto que el diario de Rúben Cascalho cuantifica sin límite los pormenores de los sucesos vividos, mientras expresa una mínima parte de las emociones sentidas por el autor. Valgan de ejemplo los apuntes relativos a la muerte del cartero Contreiras, donde la redacción mantiene el afán recopilatorio de los detalles sin cedernos glosa alguna sobre la persona del difunto. Espero que no tomen este comentario como una crítica. Se trata de una consecuencia de la maleta de apuntes. Siempre mantendré que Rúben Cascalho deja en el lector una saciedad fría y sin aliento, como de enfrentarse al más impersonal de los autores de diarios. Si aguardan un poco, es posible que la lectura del próximo apunte temple la opinión que todos hemos concebido al tratar las relaciones sociales del dependiente Cascalho. Dicha posibilidad no motivó escogerlo como cierre a la exposición de esta mañana. Su interés se debe a que por sí solo responde a la pregunta que la opinión pública se planteaba cuando el Correio Nacional detectó y dio a conocer el sello *ciento quince*: ¿por qué renunció Rúben Cascalho al premio conseguido gracias al boleto de lotería? Di la respuesta

al principio. Quienes han llegado un poco más tarde lo sabrán en unos instantes.

El apunte que les muestro aprovecha un recibo de la mensualidad que el dependiente abonaba en concepto de alquiler de vivienda. Vean el dorso... El texto, aunque extenso, ocupa la mitad del recibo. Les pido que ahora atiendan a la imagen de la pantalla. Vean el sobre que el dependiente Cascalho envió desde el asilo geriátrico Serva Amanhecer. Ilustrará mi lectura del apunte. Si la vista les alcanza verán que el destino anotado en el sobre es la Oficina Nacional de Assessoria Social. Eludan preguntarse qué asunto administrativo necesitaba tratar Rúben Cascalho desde el asilo geriátrico. Que el sobre viajara vacío demuestra que no había ninguno. A modo de introducción al apunte resumo mis propias convicciones: cuando la enfermedad comenzaba a dismantelar la conciencia de Rúben Cascalho, la decisión inconveniente y tardía que lo llevó a adherir un nuevo sello a un sobre surgió como instrucción del recuerdo, obligándose a cumplir el deber al que se obedece en la confusión de la memoria fatalmente herida, que acudió a la estafeta de Glória dos Odres para disfrutar otra vez de la costumbre como si el tiempo y la vida no hubieran pasado. En fin, no retrasaré ni un segundo más la lectura del apunte. Como en otras notas extensas adelanto un fragmento: *... el bueno de contreiras ahora que lo recuerdo...* En el extracto siguiente leo la dirección de destino que el dependiente todavía recordaba en el asilo geriátrico: *... a mano tinta azul oficina nacional de assessoria social que tenga suerte la viuda de contreiras...* Unas líneas después Rúben Cascalho admite que compró un boleto de lotería. Conozcan por qué motivo nunca reclamó el premio que le correspondía: *... que si el boleto toco que no que no pero no lo se porque no me acorde de comprobarlo...* Y ahora les recito, desde el principio hasta el final, el apunte com-

pleto: diez y cincuenta y dos la viuda de contreiras entra freitas que hace tiempo que como se encuentra la viuda de contreiras que a ratos que segun que imagine usted que quiere ver al director viana freitas que vendra sobre la una aprovecha para certificar la solicitud de prima por la defuncion que la pequeña aun estudia el mayor ha empezado a trabajar que agradece las visitas que me recuerda del hospital sobre a mano tinta azul oficina nacional de assessoria social que tenga suerte la viuda de contreiras el bueno de contreiras ahora que lo recuerdo franqueo de cero con dieciocho mas certificado postal cero con cuarenta y tres paga uno devuelvo cero con cincuenta y siete bandeja de certificados algo mas cana la viuda de contreiras que compre un boleto de loteria donde su difunto esposo dos cuatro uno uno cinco la viuda de contreiras que si toco salgo del mostrador entrego el resguardo la viuda de contreiras da la mano que si el boleto toco que no que no pero no lo se porque no me acorde de comprobarlo da la mano a freitas que se diga al director viana que ha querido verle que volvera la semana proxima sale freitas que hace dos años de lo de contreiras que como pasa el tiempo pero pasan cuatro meses porque son veintiocho.

Entre los números primos y los versos homéricos supongo que la mayoría de ustedes prefiere que le reciten estos últimos. Alguien aficionado al cálculo opondrá que resolver ecuaciones entretiene tanto como escribir poemas. No lo discutiremos aquí. Me refería a que tienen mi comprensión y mis disculpas quienes apenas hallen diferencia entre los apuntes de Rúben Cascalho y un parte meteorológico. Aunque el recuerdo sea la más generosa de las facultades, limitarse a recordar los datos mensurables de cada acontecimiento escatima la emoción que la memoria promete. Alguno puede pensar que la consecuencia de olvidar la vida cuando se escribe un diario puede ser algo parecido a la maleta de apuntes. Por otro lado la filatelia de Rúben Cascalho

tampoco destaca por su ambición. Los sellos del dependiente conmemoraron acontecimientos cuyo único mérito consistía en despuntar como anécdotas aisladas. Atenta a este principio, la interpretación del sello *ciento quince* no ha podido quedar más clara. Muy distinto sucede cuando estudiamos la realidad humana de Rúben Cascalho. Para quienes trataron al dependiente nunca fueron obvios los propósitos de su voluntad. La apariencia de sus actos no aceptaba relación con el adjetivo fiable. Si necesitan un ejemplo, esperen a las palabras del doctor Benevides y compárenlas con el apunte que leeré a continuación. El director del asilo geriátrico Serva Amanhecer comentaba de esta manera: «Fueron los inspectores del Correio Nacional. No se me ocurrió pensar que consistía en una colección de sellos. ¿Y dice que el de la lotería se lo dedicó a un amigo? Pues déjeme añadir que el señor Cascalho ha destacado por el trato cortés con el resto de internos. Un poco amigo de todos. Si le vale de prueba anote que conocía el nombre de todos nosotros. Internos, asistentes, personal médico... Antes de la fase aguda del alzhéimer, me refiero. ¿Dónde ha aparcado?, ¿junto a la puerta lateral? Entonces habrá visto la rosaleda y el mirador de cristal donde los internos pasan la mañana. Ahora mismo el señor Cascalho descansa allí. Hace semanas que no se le deja pasear solo. Podría perderse. Tampoco acostumbraba cuando tenía mejor salud. Desde su ingreso prefirió el vestíbulo y los sillones frente al ascensor, aunque no fuera el lugar más idóneo para descansar. Lo digo por el trajín. Usted habrá notado que siempre está muy concurrido.»

¿Sabían que durante años Rúben Cascalho mantuvo la costumbre de llegar al trabajo siete minutos antes de la hora? El propio dependiente lo confesó al director Viana. Ni seis ni ocho. Puntualmente, siete minutos antes de la hora marcada para que el director llegara y abriera la estafeta. No me pregunten por qué

siete. En muchos de nosotros esa anticipación diaria sumaría una considerable pérdida de tiempo. Pero no tengan duda ninguna de que el dependiente Cascalho obtendría un generoso provecho de esos siete minutos. No importa que fuera en la calle o en el vestíbulo del asilo geriátrico, como verán en el próximo apunte. Si mi ayudante se lo muestra... Gracias. La escritura del dependiente vacila. En esa fecha la memoria también decae, como entenderán cuando lo lea. Se trata de un fragmento. Leo en lo que parecen los márgenes de una publicación médica recortada a mano: ... *tercera baja justina huerta con la enfermera doroteia primera cuarta baja horacio el jardinero que le tienen los colios de la capilla medio secos que va a regarlos segunda baja la señora barroqueiro hace rato que la esperan una pareja con niña rubia el parece hijo sotano baja sabina con la prensa primera tercera baja y a partir de aqui no me acuerdo quien sale del ascensor a ver si en unos dias mejoro un poco.*

Esta tarde dedicaremos la última lectura a uno de los sellos más contradictorios de Rúben Cascalho. El título, *malo para dos*, resume el conflicto surgido a raíz de la obstinación del dependiente por arrancar antes que nadie la hoja del calendario. Si pensaban que la estafeta de Glória dos Odres era un lugar tranquilo para trabajar, este sello sugiere lo contrario. Aprovecharé para esclarecer las razones por las que Rúben Cascalho nunca anotaba la fecha de los apuntes. Unos minutos de descanso y comenzamos la charla.

Rui Brito Velásquez



Rui Brito Velásquez (Santiago do Cacém, 1966 - Lisboa, 2006) fue profesor de Técnicas de Impresión en la Escola Tecnológica, Artística e Profissional de Pombal y componente del área de diseño de la Imprensa Nacional - Casa da Moeda, donde intervino en la composición de emisiones filatélicas para la sociedad CTT - Correios de Portugal. El libro *Um espelho aqui e dois na Haya* fue editado en 2004 por Cúpula Editora después de alcanzar en aquel mismo año la final del premio de la Câmara Municipal do Fundão. En la presente edición el texto se complementa con piezas de arte postal pertenecientes a la «nanonarrativa filatélica» de Brito Velásquez, creada entre 1995 y 2003, algunas de las cuales inspiran e ilustran los diferentes capítulos de la obra.

A pesar de su juventud, Brito Velásquez destacó como uno de los más activos impulsores del arte postal portugués, lo que le permitió ser miembro del ICMA (International Council of Mail Artists). Su trabajo se ha expuesto en diversas bienales y salones de arte postal: Salon du Timbre de París, Mostra Arte Postale de Milán, Exposición Internacional de Arte Correo de Madrid y Bienal de Arte Postal Latinoamericano de Río de Janeiro.

Rui Brito Velásquez murió en Lisboa a la edad de cuarenta años, atropellado mientras cruzaba la rua da Prata.





Vandora Blanca Edm

Como si fuera necesario
mayor claridad, añadió
palabra después, se con-
ta su preferencia por em-
pujar el error de la primera
precisada, tocando a...

historias se ven
comunicación
luego los po-
ejemplo, la
la fundación
trascen-
Historia
ta por
pre-

de
mal
tiempo
a una g
se librado
de mis no-
fin-
Fieitas.
del café
Freitas
tico le
había
auxiliar se
del dependiente: «U



causa por
nos. Person
nos. En su
zar uno o var
estabeta como el pes
puede, entretiendo en ser p

no.
valor al e
fran blanco por
permitiré retenerlos
prolongar el tiempo de reu
nuevo el sello del dependiente

Lavandera Blanca* Editores

elabora libros objeto, ediciones singulares para regalo personal o de empresa. Nuestros libros trascienden su función como soportes de la palabra y se convierten en objetos sugerentes, con interés propio, resueltos de tal modo que reclaman la sensibilidad y la emoción de los lectores despertando en ellos una mayor atención hacia todos elementos que envuelven la lectura. Lavandera Blanca* Editores representa un proyecto editorial derivado de la experimentación en el diseño de libros y en los procedimientos de lectura, busca soluciones no utilizadas aún en el citado diseño y aspira a conseguir ediciones que enriquezcan la experiencia lectora, en un afán modesto pero intenso por comprobar si hay formas distintas de hacer, leer y disfrutar los libros.

Puede conocer nuestras ediciones en papel
entrando en la página electrónica de la editorial.



www.lavanderablanca.com
